HERALDOS DEL EVANGELIO

N.° 271 - Febrero 2026

La mayor fuerza moral del mundo

¿Qué hay más deseable, en la tierra, que esta unión?

¿Cómo hablaré ahora de la intimidad de Teresa y Celina?… ¿Cómo?… «Es un jardín cerrado»; iba a añadir «una fuente sellada» (cf. Cant 4, 12), pero la fuente no estaba sellada, estaba fluyendo, de nuestros corazones manaban «ríos de agua viva» (cf. Jn 7, 38) que se derramaban hacia fuera, llevando nuestras almas hacia Jesús, el Océano divino… […]

Nuestra unión de almas se volvió tan íntima que ni siquiera intentaré describirla en lenguaje terrenal; eso sería marchitarla. Esta flor es el secreto del «jardín cerrado» cuyas aromáticas fragancias sólo Jesús, el único Amado de nuestros corazones, ha conocido…

Sin embargo, no es propio de la naturaleza del amor permanecer inactivo; por eso, la fuente de ese jardín «cerrado» fue «abierta», como acabo de decir, abierta al celo del amor, celo impetuoso que devoraba nuestros corazones… […]

Reproducción

Celina y Teresa Martin, en 1881

[El corazón de Teresa] se abrió por completo a mí, y a partir de esa época data nuestra gran intimidad que, como ella decía, ya no era una simple unión, sino una unidad… Le gustaba repetirme que teníamos una misma alma para las dos. […]

Disfruté de una felicidad cuya dulzura aún saboreo, disfruté de las delicias de la unión más perfecta. ¿Qué puede haber más deseable en la tierra? Sí, toda felicidad queda eclipsada ante la unión de los corazones; la fortuna, los honores, la salud palidecen a su lado y sólo tienen valor si la toman como reina.

MARTIN, OCD, Celina. *Autobiographie de la sœur et novice de la Petite Thérèse.* Toulouse: Éditions du Carmel: 2022, pp. 90-95.

Sumario

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXIV, número 271, Febrero 2026

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40836-1996
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

→ PREGUNTAN LOS LECTORES 4

→ EDITORIAL
León XIV y la vía unitiva 5

→ LA VOZ DE LOS PAPAS
El poder del Papa, ¿tiene límites? 6

→ LA LITURGIA DOMINICAL
Te damos gracias, Señor, ¡por las persecuciones! 8
Centinelas de la luz 9
La obviedad de la verdad 10
Del maligno enemigo, ¡defiéndeme! 11

→ TESOROS DE MONS. JOÃO
«Mis pensamientos distan de los vuestros» 12

→ TEMA DEL MES – EL PAPADO
Guía, modelo y esperanza 16
Los antipapas – Lobos con piel de pastor 20

→ SANTO TOMÁS ENSEÑA
¿Por qué uno? 23

→ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS
Eje de la historia 24

→ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA
El papado de cara a la Revolución 28
Las órdenes mendicantes y las disputas en la Universidad de París – La defensa de los mendicantes 30

→ VERDADES CATÓLICAS
Madre y Señora del papado 34

→ ¿SABÍAS... 37

→ VIDAS DE SANTOS
Beata Ana Catalina Emmerick – Esposa de Cristo crucificado 38

→ DOÑA LUCILIA
Amor filial en función de la Santa Iglesia 42

→ HERALDOS EN EL MUNDO 44

→ ENSEÑANZAS BÍBLICAS
El enfrentamiento entre David y Goliat – Piedrecita de la gracia «versus» grandeza del hombre 48

→ TENDENCIAS Y MENTALIDADES
El emperador mendigo y el pobre omnipotente 50

Reproducción

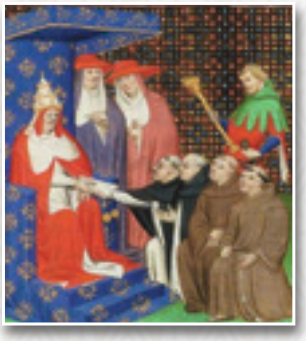
12 ¿Y si pudieras elegir al primer Papa?

Gustavo Kralj

16 Una fuerza que, por el amor, penetra y mueve todo

Reproducción

23 Dignidad y unicidad de la misión de Pedro



Reproducción

30 Episodio del pasado, lección para el presente

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org

P. Ricardo José Basso, EP

Tengo una duda sobre la cuestión de la autoría de las epístolas paulinas. Leí en otra revista católica sobre cuestionamientos en cuanto a la autoría de esas cartas: ¡que San Pablo no las escribió! Sin embargo, los doctores de la Iglesia y muchos otros eruditos a lo largo de los siglos nunca han cuestionado la autoría de esas enseñanzas tan importantes.

Renata García – Vía correo electrónico

Todos los católicos deberían tener sumo cuidado al leer estudios sobre la Sagrada Escritura. Por desgracia, en muchos ambientes se respira cierto espíritu naturalista, positivista y racionalista que confunde las mentes.

Contra esto advertía el papa Benedicto XVI en una de sus audiencias sobre el gran doctor de la Biblia, San Jerónimo: «Nunca podemos leer nosotros solos las Escrituras. Encontramos demasiadas puertas cerradas y caemos fácilmente en el error. […] Para [San Jerónimo] una auténtica interpretación de la Biblia tenía que estar siempre en armonía con la fe de la Iglesia Católica» (*Audiencia general*, 14/11/2007).

Con relación a las cartas de San Pablo, aquella cuya autoría más se cuestiona es la Epístola a los Hebreos. Sería muy extenso exponer aquí la discusión al respecto, pero, en resumen, podemos aseverar que hay serios elementos, respaldados por estudiosos de renombre internacional, para afirmar que todas las llamadas cartas paulinas tienen a San Pablo como autor o inspirador directo, incluida la Epístola a los Hebreos.

José María Bover sostiene que ésta es de inspiración paulina e incluso que el Apóstol le encargó personalmente a un redactor —probablemente de formación alejandrina— que la escribiera (cf. *Teología de San Pablo*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1967, pp. 18-41).

Quisiera preguntarle sobre el hecho de que algunos pasajes del Antiguo Testamento acaban sonando muy «duros» hoy en día. Aún estoy madurando en la fe, pero con la gracia de Dios creo en todo lo que nos enseña la Santa Iglesia, y le estaré eternamente agradecido si puede ayudarme.

João Zuchetto – Vía correo electrónico

Su pregunta, João, es muy buena, pues demuestra fe, humildad y gran sumisión a Dios, cualidades poco comunes en nuestros días… Podríamos reformularla así: «Hay pasajes del Antiguo Testamento que no entiendo, pero si el Señor lo hizo de esa manera, sólo puede ser bueno. Simplemente me gustaría entender la razón de sabiduría que lo llevó a actuar de ese modo».

Lo primero que hay que evitar es pensar que existen dos «dioses», uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo, o que el Altísimo cambió su «forma de ser» con la encarnación. Como afirma el apóstol Santiago, «en Dios no hay variación ni sombra de mutación» (1, 17).

Consideremos que en el Antiguo Testamento hay conmovedoras manifestaciones de la bondad divina: «¿Qué Dios hay como tú, capaz de perdonar el pecado, de pasar por alto la falta del resto de tu heredad? No conserva para siempre su cólera, pues le gusta la misericordia» (Miq 7, 18); «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49, 15).

La palabra *misericordia* aparece más de doscientas veces en el Antiguo Testamento, dejando claro que Dios siempre ha sido «compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia» (Sal 102, 8) y su longanimidad para con el pueblo elegido resulta admirable, en medio de tantas infidelidades.

La diferencia con el Nuevo Testamento reside en la pedagogía utilizada con aquella gente de corazón duro (cf. Mt 19, 8). Dios quería mostrarles a los pueblos antiguos la gravedad del pecado, pues sus iniquidades los hacían crueles entre ellos y con sus propios conterráneos. Aún no había empezado el «régimen de gracia» (cf. Rom 6, 14), inaugurado con Nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, los pasajes «duros» del Antiguo Testamento deben interpretarse como acciones infinitamente sabias de un Dios bondadoso, pero que sabe mostrar la justicia adecuada a cada situación.

León XIV y la vía unitiva

Si Cristo ordenó a todos ser «luz del mundo» (Mt 5, 14), los sumos pontífices son los verdaderos faros de la civilización. Ya sea en la época apostólica o medieval, ya sea en los tiempos modernos o en nuestros días, el papado sigue siendo el norte de las aspiraciones humanas.

Su poder no emana de la inteligencia humana, pues hasta los demonios la superan; ni del poderío bélico, pues su pugna es trascendente; ni tampoco de la extensión territorial, aunque por su caridad abrace todo el orbe. Su poder se fundamenta en la potestad de unir la tierra al Cielo, una dignidad que ni siquiera se les ha otorgado a los ángeles.

Únicamente sobre Pedro, Cristo edificó su Iglesia, y sólo por él Jesús rezó de manera tan especial: «Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague» (Lc 22, 32). Objeto de tan excelsas gracias de estado, se le exige un amor insigne: «¿Me amas más que éstos?» (Jn 21, 15). Simón subsistió como hombre mortal; Pedro, sin embargo, se convirtió en una institución.

El Santo Padre es el vicario de Cristo, el continuador místico del Hombre-Dios en esta tierra, al aplicar en el tiempo los méritos de la Redención, como víctima renovada en el Calvario. Desde lo alto de la cruz, la cátedra de Pedro se vuelve inquebrantable, porque desde allí, con el Salvador, atrae a todos hacia sí.

A lo largo de los siglos, muchos han intentado transformar esa piedra en ruinas. En la revolución protestante, todos serían Papas; en la Revolución francesa, con la proscripción de la Iglesia, ya no habría pontífices; en las revoluciones autocráticas, los tiranos tomarían todo el poder, incluido el del príncipe de los Apóstoles. No obstante, como confesó M. Thiers, heredero intelectual del anticlerical Voltaire, «he aquí una lección de la historia: quien devora al Papa, sucumbe».

Los sucesores de Pedro son hijos de su tiempo, y con el Papa León XIV no es distinto. En todo pontífice hay una especie de «luz primordial», una vocación única, que le lleva a iluminar una faceta especial del ministerio petrino.

Pues bien, ¿qué es lo que más se destaca en la actual cabeza visible de la Iglesia?

Sin duda, algo relacionado con el lema agustino de su pontificado: *In illo uno unum* —En aquel que es uno [Cristo], somos uno. San Agustín no se refiere a una unidad amorfa, complaciente con el mal. Jesús fue inequívoco: «El que no recoge conmigo, desparrama» (Mt 12, 30).

Cristo es uno, cabeza y cuerpo unidos. Ahora bien, todos los miembros de su Cuerpo Místico deben buscar sólo lo único necesario, a imitación de Santa María Magdalena (cf. Lc 10, 42). He aquí la *única* vocación del cristiano: unirse a Jesús, manantial para todas las vocaciones particulares.

Al mismo tiempo, la plenitud de la vida espiritual se denomina *vía unitiva*, una unión transformante que compete especialmente a los obispos y, en concreto, al Santo Padre. Esa vía tiene como objetivo no sólo la perfección, sino el estado de *ejercicio de perfección*, tarea que le corresponde hoy al papa León, al ser llamado, como Pedro, a confirmar a sus hermanos en la unidad (cf. Lc 22, 32).

Hace exactamente un cuarto de siglo, por la aprobación pontificia del 22 de febrero de 2001, los Heraldos del Evangelio tienen un vínculo indeleble con la cátedra petrina. Como antaño Silvano, pretenden ser un «hermano fiel» (1 Pe 5, 12) de los sucesores de Pedro, buscando recorrer con ellos la vía unitiva, a fin de colaborar en la recapitulación de todas las cosas en Cristo. Para los Heraldos, al igual que para León XIV, el modelo de dicha unión se encuentra en la Madre del Buen Consejo, la cual, por su maternal intercesión, unió al Salvador con la humanidad en la persona de Juan.

El papa León XIV durante la misa de la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, el 29/6/2025

Foto: Vatican Media

El poder del Papa, ¿tiene límites?

El romano pontífice tiene la «sacra potestas» de enseñar la verdad del Evangelio, administrar los sacramentos y gobernar pastoralmente la Iglesia en nombre y con la autoridad de Cristo, pero esa potestad no incluye en sí misma ningún poder sobre la ley divina, natural o positiva.

La misión de conservar inmaculada la fe católica

Primordial salud es guardar la regla de la recta fe y no desviarse en modo alguno de las constituciones de los Padres. Y pues no puede pasarse por alto la sentencia de Nuestro Señor Jesucristo que dice: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18), tal como fue dicho se comprueba por la experiencia, pues en la Sede Apostólica se conservó siempre inmaculada la religión católica.

San Hormisdas. *Libellus fidei*, 11/8/515: DH 363.

Un compromiso que sería una traición violarlo

Podemos comprender entonces por qué la Iglesia Católica, ayer y hoy, da tanta importancia a la rigurosa conservación de la Revelación auténtica, la considera un tesoro inviolable y tiene una conciencia tan severa de su deber fundamental de defender y transmitir en términos inequívocos la doctrina de la fe. […] La consigna del apóstol Pablo: *Depositum custodi* (1 Tim 6, 20; 2 Tim 1, 14) constituye para ella un compromiso tal que sería una traición violarlo.

La Iglesia maestra no inventa su doctrina; ella es testigo, guardiana, intérprete, intermediaria; y, en lo que respecta a las verdades propias del mensaje cristiano, se puede decir que es conservadora, intransigente; y a quienes la instan a hacer su fe más fácil, más relativa a los gustos de la mutable mentalidad de los tiempos, responde con los Apóstoles: «*Non possumus* —No podemos» (Hch 4, 20).

San Pablo VI. *Audiencia general*, 19/1/1972.

Custodiar y exponer fielmente el depósito de la fe

No fue prometido a los sucesores de Pedro el Espíritu Santo para que por revelación suya manifestaran una nueva doctrina, sino para que, con su asistencia, santamente custodiaran y fielmente expusieran la Revelación transmitida por los Apóstoles, es decir, el depósito de la fe.

Beato Pío IX. *Pastor Æternus*, Concilio Vaticano I, 18/7/1870: DH 3070.

Magisterio conformado a la Revelación

Cuando el romano pontífice o el cuerpo de los obispos juntamente con él definen una doctrina, lo hacen siempre de acuerdo con la misma Revelación, a la cual deben atenerse y conformarse todos, y la cual es íntegramente transmitida por escrito o por tradición a través de la sucesión legítima de los obispos, y especialmente por cuidado del mismo romano pontífice.

San Pablo VI. *Lumen gentium*, Concilio Vaticano II, 21/11/1964.

Al servicio de la Palabra de Dios

El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este magisterio, evidentemente, no está sobre la Palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer.

San Pablo VI. *Dei Verbum*, Concilio Vaticano II, 18/11/1965.

Poder sujeto a la ley divina y positiva

El romano pontífice tiene la *sacra potestas* de enseñar la verdad del Evangelio, administrar los sacramentos y gobernar pastoralmente la Iglesia en nombre y con la autoridad de Cristo, pero esa potestad no incluye en sí

misma ningún poder sobre la ley divina, natural o positiva.

San Juan Pablo II. *Discurso*, 21/1/2000.

Garantía de la obediencia a la Palabra de Dios

El Papa no es un soberano absoluto, cuyo pensamiento y voluntad son ley. Al contrario: el ministerio del Papa es garantía de la obediencia a Cristo y a su Palabra. No debe proclamar sus propias ideas, sino vincularse constantemente a sí mismo y la Iglesia a la obediencia a la Palabra de Dios, frente a todos los intentos de adaptación y alteración, así como frente a todo oportunismo.

Benedicto XVI. *Homilía*, 7/5/2005.

Vinculado al ordenamiento dado por Jesucristo a su Iglesia

La denominación de monarca absoluto no puede ser aplicada al Papa tampoco en las materias eclesiásticas, porque está sujeto al derecho divino y vinculado al ordenamiento dado por Jesucristo a su Iglesia. El Papa no puede modificar la constitución que la Iglesia ha recibido de su divino Fundador, como un legislador laico podría modificar la constitución del Estado. La constitución de la Iglesia apoya sus bases en un ordenamiento divino y no puede, pues, estar a merced del arbitrio humano. […]

Como el Concilio Vaticano ha expuesto con palabras claras y comprensibles y como la naturaleza misma de la cosa se manifiesta, la infalibilidad es una propiedad que se refiere exclusivamente al supremo magisterio del Papa; y esto coincide precisamente con el ámbito del magisterio infalible de la Iglesia en general y está vinculado a lo que está contenido en la Sagrada Escritura y en la Tradición, como también en las definiciones ya emanadas del magisterio eclesiástico. Nada, pues, ha cambiado en lo que concierne al gobierno del Papa.

Beato Pío IX. *Respuestas a la circular del canciller Bismarck*, ene-feb/1875: DH 3114; 3116.

Medio para conservar la fe del pueblo cristiano y la unidad de la Iglesia

[Jesucristo] edificó su Iglesia como ciudad santa y la fortificó con sus leyes y sus preceptos. Le confió la fe como un depósito que debe conservar religiosamente y con pureza. Quiso que fuera el bastión inexpugnable de su doctrina y de su verdad, y que las puertas del Infierno no prevalecieran nunca contra ella. Puestos al frente del gobierno y de la custodia de esta santa ciudad, defendamos celosamente, venerables hermanos, la preciosa herencia de la fe de nuestro Fundador, Señor y Maestro, que nuestros Padres nos han confiado en toda su integridad para que la transmitamos pura e íntegra a nuestros descendientes.

Si dirigimos nuestros actos y nuestros esfuerzos según esta regla que nos marca la Sagrada Escritura, y si seguimos las huellas infalibles de nuestros predecesores, podemos estar seguros de que dispondremos de toda la ayuda necesaria para evitar lo que podría debilitar y herir la fe del pueblo cristiano y romper o disolver en cualquier parte la unidad de la Iglesia.

Clemente XIV. *Cum summi apostolatus*, 12/12/1769.

Mismo dogma, mismo sentido, misma sentencia

Y, en efecto, la doctrina de la fe que Dios ha revelado, no ha sido propuesta como un hallazgo filosófico que deba ser perfeccionado por los ingenios humanos, sino entregada a la Esposa de Cristo como un depósito divino, para ser fielmente guardada e infaliblemente declarada. De ahí que también hay que mantener perpetuamente aquel sentido de los sagrados dogmas que una vez declaró la Santa Madre Iglesia y jamás hay que apartarse de ese sentido so pretexto y nombre de una más alta inteligencia.

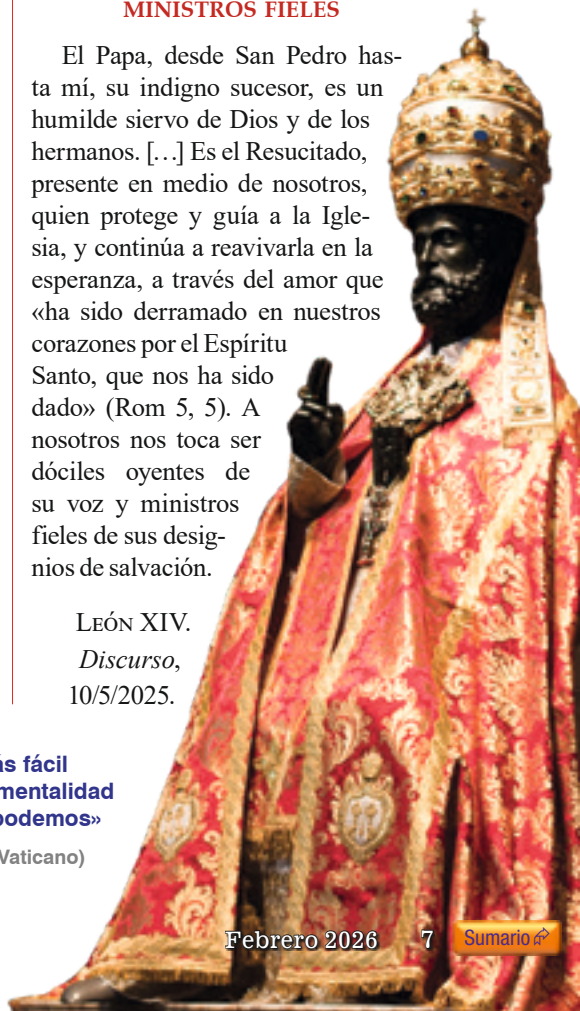
«Crezca, pues, y mucho e intensamente, la inteligencia, ciencia y sabiduría de todos y de cada uno, ora de cada hombre particular, ora de toda la Iglesia universal, de las edades y de los siglos; pero solamente en su propio género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en la misma sentencia» (San Vicente de Lérins. *Commonitorium primum*, c. xxiii, n.º 3).

Beato Pío IX. *Dei Filius*, Concilio Vaticano I, 20/10/1870: DH 3020.

Dóciles oyentes y ministros fieles

El Papa, desde San Pedro hasta mí, su indigno sucesor, es un humilde siervo de Dios y de los hermanos. […] Es el Resucitado, presente en medio de nosotros, quien protege y guía a la Iglesia, y continúa a reavivarla en la esperanza, a través del amor que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom 5, 5). A nosotros nos toca ser dóciles oyentes de su voz y ministros fieles de sus designios de salvación.

León XIV. *Discurso*, 10/5/2025.



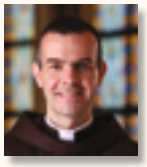
David Domingues

A quienes quieren hacer su fe más fácil conforme a los gustos de la mutable mentalidad de los tiempos, respondemos: «No podemos»

«El Pescador» - Basílica de San Pedro (Vaticano)

1 de febrero – IV Domingo del Tiempo Ordinario

Te damos gracias, Señor, ¡por las persecuciones!



P. Leandro César Ribeiro, EP

¡La persecución es una bienaventuranza! Y, por lo tanto, estamos en una época en la que ser católico equivale a ser bienaventurado

¡Cuántos santos han manifestado su gratitud a Dios por ser perseguidos, dando prueba inequívoca de haber comprendido el Evangelio de este domingo! En él, Nuestro Señor Jesucristo pronuncia la más elevada de sus predicaciones: el sermón de las bienaventuranzas. La más elevada, sí, y la más radical. Sólo unos labios divinos podían afirmar que bienaventurados son los pobres de espíritu, los que lloran y los misericordiosos (cf. Mt 5, 3-7)…

Sin embargo, no es hasta el final del discurso cuando el Salvador presenta la bienaventuranza más contundente: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa» (Mt 5, 10-11). ¡La persecución es una bienaventuranza! Y, por tanto, estamos en una época en la que ser católico equivale a ser bienaventurado.

A nivel individual, en efecto, ¿qué verdadero cristiano no sufre hoy en día persecución? En el trabajo soporta burlas por ser honesto. En las conversaciones se le deja de lado porque no mancilla sus labios con palabras indecentes. Dondequiera que va se convierte en víctima de miradas frías y saludos forzados por parte de quienes ven en él a un ser extraño que reza, que va a misa, que no se esclaviza a la moda.

En el ámbito institucional, ¿qué decir de la generalizada persecución contra la Iglesia? Basta enumerar brevemente los templos católicos vandalizados o incendiados en los últimos años. Basta recordar que nuestra época rivaliza con la de los romanos en cuanto al número de mártires. Nunca tantos martirios han sido tan poco tenidos en cuenta. Y nunca tanta persecución ha sido tan evidente… y tan olvidada.

¿Qué hacer entonces? ¿Llorar? ¿Diluirse y ceder para no perder? ¿Dejarse aplastar? Nada de eso.

Ante todo, debemos ser agradecidos. Dios está escribiendo nuestros nombres ultrajados en el Libro de la Vida: «Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo» (Mt 5, 12). ¡Gracias, Señor, porque somos perseguidos! ¡Gracias por contarnos entre los elegidos!

Y nuestra gratitud ha de ir más allá. No puede quedarse en un mero acto de reconocimiento. Tiene que transformarse en ufanía.

En efecto, no sólo no se nos permite llorar, diluirnos o dejarnos aplastar, sino que, por el contrario, debemos proponernos afrontar con gallardía la persecución, levantar la cabeza cuando, pensando que nos insultan, nos llaman católicos. Porque solamente con el corazón abierto y una fe robusta se sufre dignamente por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Como afirmaba el Dr. Plinio, «ése es el católico denodado, intrépido, que no se avergüenza de seguir al divino Maestro, de decirse hijo y devoto de la Santísima Virgen, a quien dirige su entrañada súplica: "Oh, Madre de misericordia, mi vida, dulzura y esperanza. Hazme el alma valiente que debo ser, imbuida de una leonina fuerza católica, apostólica y romana, colmada de ufanía cristiana. Y así, oh Virgen, mi alabanza a ti será el tributo del hombre que, por encima de todo, cree en las verdades divinas y por ellas lucha; será la alabanza del heroísmo y la epopeya. Amén"».[1]

«El martirio de San Esteban», de Giorgio Vasari - Pinacoteca Vaticano

[1] Corrêa de Oliveira, Plinio. «A ufania de ser católico». *In*: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año X. N.º 115 (oct, 2007), p. 4.

Centinelas de la luz

P. Santiago Canals Coma, EP

León XII[1] enseña que una de las obligaciones de los pontífices romanos es la de ser vigías del rebaño de Cristo: rechazar los males que lo amenazan, así como prevenir a los fieles contra las trampas de los enemigos de la Iglesia, apartándolas y frustrándolas con su autoridad. Se trata de la misión profética de aquellos que, como Isaías en la primera lectura de este domingo, tienen el encargo de ser centinelas, defensores y pregoneros de los derechos de Dios.

En efecto, el profeta nos advierte del peligro de alejarnos de la mortificación y de renunciar al dominio de las pasiones, y subraya la necesidad de acrisolar la caridad para volver al camino de Dios, donde la luz brillará como la aurora (cf. Is 58, 8). ¿Cómo lograrlo en un mundo paganizado?

David Ayusso

Réplica de un profeta de «Aleijadinho» - Casa Lumen Maris, Ubatuba (Brasil)

Está en el orden natural que los hombres se apoyen mutuamente para satisfacer sus necesidades básicas. Pero esto no puede reducirse a meros gestos de filantropía. León XIV nos recuerda la unión que debe existir entre los hombres, como factor de verdadera libertad: «Todos nosotros vivimos gracias a una relación, es decir, a un vínculo libre y liberador de humanidad y cuidado mutuo».[2] Ésta es la libertad de los hijos de Dios, la caridad que libera el corazón humano de las ataduras del pecado y que para San Agustín constituye el umbral de la luz de la verdad: «Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce».[3]

En este sentido, la liturgia de este domingo podría definirse como la de la denuncia profética.

San Pablo proclama la superioridad del precepto divino sobre la sabiduría humana: «Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado (1 Cor 2, 2). También nosotros, los cristianos, gracias al bautismo, debemos anunciar que la cruz es la verdadera sabiduría, en contraposición a la del mundo. No satisface los anhelos de los doctos y poderosos, que la consideran una locura, pero saciará plenamente a los débiles y será su fortaleza.

En el Evangelio, el Señor subraya la gran vocación de sus seguidores: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 14). Y hoy, más que nunca, la luz debe ser la divisa de los discípulos de Cristo, que glorifican al Padre con sus palabras y ejemplos.

El tema de la luz está presente en toda la revelación bíblica. Ya en el Génesis se narra la separación de la luz y las tinieblas como el primer acto del Creador (cf. Gén 1, 3-4), y al final de la historia de la salvación será Dios mismo la luz de los bienaventurados (cf. Ap 21, 24). En la primera lectura, Isaías proclama la luz que brillará sobre el pueblo, siempre que éste siga la voluntad divina.

El deber de todos aquellos que ejercen una misión profética, pastores o fieles, es ser luz en este mundo de tinieblas

En su más reciente exhortación apostólica, *Dilexi te*, el papa León XIV señala esa luz como una característica de los primeros monjes que iluminaron su tiempo «por medio de la plenitud de la caridad».[4] Ésa es, más que nunca, la misión de todos aquellos que ejercen una misión profética, ya sean pastores o fieles, todos los bautizados, miembros de la Iglesia. ✣

---

[1] Cf. León XII. *Quo graviora*, n.º 1.

[2] León XIV. *Homilía*, 1/6/2025.

[3] San Agustín. *Confessionum*. L. VII, c. 10, n.º 16.

[4] León XIV. *Dilexi te*, n.º 57.

La obviedad de la verdad

P. Inácio de Araújo Almeida, EP

«Lo obvio no se dice». Durante siglos, este adagio ha sido repetido con frecuencia para demostrar lo redundante y superfluo que resulta afirmar la obviedad de las cosas. Sin embargo, en esta época de profundo relativismo religioso y creciente entorpecimiento espiritual, urge recordar que lo obvio, sí, debe ser dicho.

He aquí el contexto en que el Evangelio de este domingo nos presenta una de las afirmaciones más contundentes del divino Maestro, la cual recuerda bien una de esas «obviedades» que deben ser dichas: «Que vuestro hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno» (Mt 5, 37).

Ante el relativismo contemporáneo, a veces es necesario recordarle al mundo verdades que son obvias para los cristianos

Los primeros cristianos fueron educados en esa escuela de la «obviedad divina», donde el sí era sí y el no era no. San Pablo escribe así a los corintios: «¡Dios me es testigo! La palabra que os dirigimos no es sí y no» (2 Cor 1, 18). También Santiago amonesta categóricamente: «Que vuestro sí sea sí, y vuestro no, no, para que no caigáis bajo condena» (3, 12).

El lenguaje de Cristo y de su Esposa Mística siempre ha sido ordenado y definido, afirmando los principios inmutables de la fe con toda su claridad e integridad. Por eso la Santa Iglesia «jamás podrá renunciar al "principio de la verdad y de la coherencia, según el cual no acepta llamar bien al mal y mal al bien"».[1]

San Agustín, no obstante, señala en una de sus cartas: «La verdad es dulce y amarga. Cuando es dulce, perdona; cuando es amarga, cura».[2] El hombre contemporáneo no siempre está dispuesto a aceptar el amargo sabor de la verdad, que a menudo se presenta en forma de censura o reprimenda. Por eso parece temer no sólo la verdad en sí misma, sino también las consecuencias que se derivan de la obediencia a sus preceptos. A veces resulta más cómodo prescindir de su existencia que negarse explícitamente a seguirla.

Cuando se ven acorralados por la evidencia, muchos comienzan a defender una «tercera vía» entre el «sí» y el «no» proclamado por el divino Maestro. En lo más hondo de sus corazones, la imprescindible coherencia de la verdad se oscurece en pro de una concepción relativista de la moral y de la fe. Ya no existe lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, el bien y el mal; ya no hay distinción entre lo que viene de Dios o del Maligno. Y de ellos es de quienes habla el profeta Isaías: «¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!» (5, 20).

En estos tiempos que vivimos, la Iglesia debe presentarse siempre como «columna y fundamento de la verdad» (1 Tim 3, 15). Y le corresponde al católico recordar que no basta con evitar las mentiras. También debe alejarse de las medias verdades, para que no acabe diciendo «sí» con los labios y «no» con las obras. Una media verdad no es más que una mentira completa. No decidirse entre Dios y el Maligno ya es una decisión.

Francisco Lecaros

«El Salvador», de Luis Borrassá - Iglesia de Santa María, Terrassa (España)

[1] San Juan Pablo II. *Veritatis splendor*, n.º 95.

[2] San Agustín. *Epístola 247*, n.º 1.

Del maligno enemigo, ¡defiéndeme!

P. Juan Pablo Merizalde Escallón, EP

El Miércoles de Ceniza comienza la Cuaresma, tiempo litúrgico que nos prepara para celebrar el misterio pascual. Estos cuarenta días evocan los años de peregrinación del pueblo israelita por el desierto, hacia la tierra prometida, así como los días de ayuno y penitencia de Nuestro Señor Jesucristo antes de empezar su vida pública.

Recordamos así cómo la Iglesia vive en cada período de su historia un verdadero combate espiritual, siendo invitada a optar siempre por el camino del bien. Jesús mismo libró tal batalla en el desierto al ser tentado por Satanás, como relata San Mateo en el Evangelio de este domingo.

Reproducción

Jesús es tentado en el desierto

Se trata de tres solicitaciones del demonio invitándole al pecado, cada una más grave que la otra, resumiendo los tipos de tentación que pueden asaltarnos, pues el Señor quiso ser «probado en todo, como nosotros, menos en el pecado» (Heb 4, 15).

Al desenmascarar la perfidia mentirosa del demonio con sabiduría y firmeza ejemplares, el divino Maestro se constituyó en el modelo de perfecta astucia contra las insidias infernales. Y Él nos exhorta a estar atentos, a ser vigilantes y audaces, a discernir las tramas del enemigo y sus secuaces que nos inducen al pecado.

El Salvador ha conquistado para nosotros, además, las gracias necesarias para nuestra perseverancia, incluida —si, por desgracia, llegamos a sucumbir— la fuerza para levantarnos de nuevo y seguir adelante en las vías de la santidad. En efecto, afirma el Apóstol: «Dios es fiel, y Él no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que con la tentación hará que encontréis también el modo de poder soportarla» (1 Cor 10, 13).

El Altísimo permite las tentaciones porque forman parte de nuestra prueba. Por lo tanto, no deben entristecernos, pues son una ocasión para demostrarle nuestro amor. ¡Es el momento del heroísmo! La falta no consiste en sufrirlas, sino en aceptarlas. En el padrenuestro, no pedimos que no seamos tentados, sino que no caigamos en la tentación.

Por otro lado, aunque sintamos cuánto nos hace sufrir la prueba, acabamos teniendo una especie de deseo de pasar por ella, porque nos damos cuenta de cómo eso da sentido a nuestra vida y nos hace merecedores del Cielo. Quien nunca ha sido tentado, no ha vivido. Con razón escribe el apóstol Santiago: «Bienaventurado el hombre que aguanta la prueba, porque, si sale airoso, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman» (1, 12).

Las tentaciones forman parte de nuestro estado de prueba. Y el Señor nos dio el ejemplo de cómo actuar, triunfando maravillosamente sobre ellas

La oración es el remedio más eficaz para resistir las tentaciones y los ataques del demonio, pues éste no puede hacer ningún daño sin el permiso de Dios. Pidamos hoy la gracia de rechazar firmemente cualquier solicitación al pecado, como el propio Jesús nos dio ejemplo, y recemos siempre para obtener el auxilio del Cielo.

Roguemos con confianza al divino Redentor: «No permitas que me aparte de ti; del maligno enemigo, defiéndeme».

«Mis pensamientos distan de los vuestros»

Del contraste entre los criterios de los hombres y los de Nuestro Señor al elegir a su primer vicario, sacamos una lección importante: el juicio humano yerra fácilmente al considerar las obras divinas, si no está amparado por la gracia.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

La fama de Juan el Bautista había marcado la historia de Israel y la opinión pública aún estaba bajo el efecto producido por aquel hombre poco común, que se alimentaba de saltamontes y miel silvestre, vestido con piel de camello y cinturón de cuero. La Providencia había distribuido gracias en torno a su figura y circulaban numerosos comentarios sobre él, entre los que predominaba la idea de que era el Mesías, o alguien muy vinculado a éste, dotado de poderes extraordinarios.

Pero si tanto impacto había causado Juan, simplemente bautizando y sin haber hecho ningún milagro, ¿qué entusiasmo suscitaba Nuestro Señor en el pueblo? ¿Qué era la palabra del Precursor comparada con la pronunciada por el Verbo encarnado? ¿Quién podía compararse con Él?

Un gesto suyo era un gesto de Dios; su mirada, la propia mirada de Dios; al respirar —como cuando sopló sobre los Apóstoles después de la Resurrección (cf. Jn 20, 22)— su aliento infundía el Espíritu Santo en lo hondo de sus corazones.

El poder de la luz que irradiaba Jesús se hace muy evidente ya al comienzo de su vida pública, cuando Juan Evangelista y Andrés lo acompañaron hasta donde Él vivía y pasaron allí ese día (cf. Jn 1, 39). Sin duda, ambos lo siguieron físicamente, pero sobre todo fueron impulsados por un toque de la gracia, como un rayo en sus almas, que los invitaba a ir en pos del Señor. *Seguir* para ellos significaba conocer su escuela espiritual y doctrinaria, sus costumbres y formas de ser; en definitiva, la novedad que se sumaba a lo que habían aprendido del Bautista. Si con Juan ya se sentían arrebatados de una manera tan abrumadora, ¿qué más podía aportar este hombre, que era «superior» a él (cf. Jn 1, 30) y hacia quien el primero había estado apuntando?

El juicio humano falla ante las obras divinas

Jesús Nazareno estaba conmoviendo a Israel y sembrando a su alrededor perplejidades, preguntas y un gran misterio a su alrededor… Misterio que, evidentemente, todos querían interpretar, pues el género humano siempre busca clasificar lo que ve.

Ahora bien, ¿cómo «clasificar» a Nuestro Señor sin la Revelación? ¿Cómo definirlo sin un juicio divino, sin un criterio celestial? ¡Es imposible! Las personas usaban su inteligencia humana, aplicaban sus cualidades naturales, pero olvidaban considerar los elementos sobrenaturales para distinguir en Él al Hijo unigénito de Dios.

Por eso, estando en Cesarea de Filipo, el Señor lanzó la pregunta: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?» (Mt 16, 13). No lo hizo sólo para dejar claro quién era, sino también para alejar a los Apóstoles de las opiniones erróneas que existían acerca de Él. El Creador de la gracia había estado en constante comunicación con ellos durante tres años, iluminando el interior de aquellas almas con su luz, el *lumen Christi*, para introducir y alimentar la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes y dones.

Después de que le enunciaran la no pequeña lista de los distintos conceptos que circulaban entre la gente sobre Él, el divino Maestro planteó a continuación el problema crucial: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16, 15).

Nótese que en la primera pregunta Jesús se denominó a sí mismo «Hijo del hombre», y en la segunda dijo «soy yo», un nombre que Dios se dio a sí mismo: Yahvé. Así pues, la respuesta a su pregunta ya estaba casi insinuada. Pedro exclamó entonces: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). El Señor afirmó que no fueron «ni la carne ni la sangre» (Mt 16, 17) las que le habían revelado

esto, sino el Padre. Es decir, no había sido la mera naturaleza, ni la percepción o el discernimiento humanos.

En este punto, llegamos a una conclusión importante: el juicio humano es defectuoso y, por tanto, se equivoca fácilmente al considerar las obras divinas, a menos que esté respaldado por la gracia.

¿A quién sugeriríamos como Papa ideal?

Supongamos que, estando con los Apóstoles, el Señor se volviera hacia nosotros y nos dijera: «Voy a fundar mi Iglesia y quiero que uno de estos doce sea mi primer vicario y se siente en la cátedra de la infalibilidad. Sin embargo, también deseo tu opinión para elegir cuál de ellos debe ser el Papa».

¿Con qué mirada contemplaría yo a los Apóstoles? ¿Qué impresión de desprecio no tendría en mi espíritu respecto a los defectos de aquellos que estaban allí? Hombres rudos y sin instrucción, desprovistos de prestigio e importancia social; vestidos de forma tosca. Su lenguaje era de clase baja, pues hablaban con acento galileo, tenían las manos callosas y su andar era pesado… Quizá respondería yo:

«Pero, Jesús, ¿en qué piensas cuando eliges a tales auxiliares? ¿Qué esperas de estos pescadores?

»La primera imagen que me viene a la mente es la de Simón Pedro. Espontáneo, impetuoso, explosivo… No evalúa bien las circunstancias ni sabe reflexionar sobre lo que debe decir, como ocurrió aquella noche cuando, en medio de la oscuridad, te apareciste caminando sobre las aguas y él enseguida gritó: "Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre el agua" (Mt 14, 28). ¡Qué imprudencia! Después de haber caminado sobre las olas con el poder que le diste, empezó a hundirse, quedando en una situación ridícula. Ese, Señor, es demasiado temerario y superficial, ¡no es apto para el papado!

»Mis ojos se posan en Tomás. Tampoco parece adecuado para desempeñar el cargo: es excesivamente prudente, duda de todo, antepone sus propios criterios…

»A continuación, encuentro a Santiago y a Juan, los "hijos del trueno", parientes tuyos. Juan es tu apóstol más íntimo, ¡pero aún muy joven! Ambos tienen un temperamento colérico y combativo; no entienden qué es la bondad, siempre están ansiosos por destruir y por resolver los casos rápidamente, a base de la fuerza y de la violencia. Estos dos no tienen posibilidades de gobernar tu Iglesia».

Reproducción

Al separar definitivamente a los Doce del mundo, Jesús los contemplaba en Dios, como si ya estuvieran en la perfección de la gloria eterna

Cristo con los Apóstoles, de Andrea di Cione - Galería Uffizi, Florencia (Italia)

Y así, recorriendo todos los discípulos, llegaríamos a uno, ante el cual se detendría nuestra mirada:

«¡Ah, Jesús mío, ese parece sensato y equilibrado! Es un hombre callado, que se muestra poco, porque piensa bien antes de hablar. Posee una gran capacidad práctica y administrativa, y es el único que tiene el sentido común de recordarles a los demás que no hagan gastos superfluos y que guarden el dinero para los pobres… Judas Iscariote, en mi opinión, ¡sería el Papa ideal!

Las opciones humanas no coinciden con las divinas

Vemos, una vez más, cuán equivocadas son nuestras apreciaciones, no sólo con respecto a Dios, sino también en relación con los demás y con nosotros mismos, y cómo nuestras opciones no coinciden con las de Jesús. «Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan […] mis pensamientos de vuestros pensamientos» (Is 55, 9), afirma el Señor.

Al separar definitivamente a los Doce del mundo y encomendarles la misión apostólica de constituir su Iglesia, Nuestro Señor no lo hizo solamente en cuanto Dios, sino que se sirvió, en cuanto verdadero hombre, de dos elementos como base: por una parte, su conocimiento práctico y experimental, viéndolos en la situación en la que se encontraban, con todas sus lagunas y deficiencias; por otra, su espíritu colmado de gracia y de luces infusas, por el cual penetraba en sus almas, reconociendo en ellos su religiosidad, su dedicación e incluso cierta virtud, y sabiendo cuánto necesitaban ser asistidos por el soplo del Espíritu Santo y sostenidos por el Padre eterno.

Más aún, en lo más alto de su alma, Jesús los contemplaba en Dios, por la visión beatífica, como si ya estuvieran en la perfección plena de la gloria eterna.

La elección divina

Podemos imaginar que, en una actitud de humildad y obediencia, el Señor quiso exponerle al Padre esa elección, hablando con profunda consideración y afecto de cada uno:

«Oh Padre mío, tan venerado y amado, entre mis queridos discípulos te presento, en primer lugar, a Simón, hijo de Jonás. Fuiste tú, oh Padre, quien lo designaste como fundamento de la Iglesia. Por eso le daré el nombre de Pedro. Es recto, franco, generoso; todo se puede esperar de él, ¡incluso el heroísmo! Confía demasiado en sus propias fuerzas, lo sé bien, pero cuando flaquee, no perseverará en su culpa y se arrepentirá.

»Andrés, su hermano, fue el primero en venir a verme cerca del Jordán, y enseguida me trajo a su hermano. También es ardiente, aunque posee un temperamento más tranquilo y sereno. Creo que su abnegación puede alcanzar cotas admirables.

»Santiago y Juan, junto con ellos, son los obreros de la primera hora. Abandonaron a su anciano padre por mí. Me impresiona la forma como Juan me escucha: es puro, tiene espíritu elevado y amor a lo sublime; en su memoria se graba todo lo que digo, y en su rostro encendido se lee un santo entusiasmo. Veo que enseñará mi evangelio con mayor profundidad que los demás.

»Felipe es celoso y habla con sencillez. Tan pronto como llegó a mí, me conquistó a Natanael. Este último es un israelita sincero, que no conoce la astucia ni la duplicidad de espíritu. Me planteó objeciones y se sometió a mis respuestas. Me parece que se puede contar con él.

»Mateo es aquel Leví que me siguió con un simple gesto hecho de pasada. Al reunir en un banquete a muchos de sus amigos publicanos, me permitió predicarles la justicia y la penitencia. También presta desvelada atención a todas mis palabras, por insignificantes que parezcan».

Y así, después de recorrer a todos los Apóstoles, el divino Maestro también le debió hablar a Dios Padre acerca del «hijo de la perdición» (Jn 17, 12): «¡Judas! Es aquel que me traicionará… ¡Cómo hiere mi Corazón ese hombre! Su alma dura y empedernida —lo veo— será tomada por Satanás. No obstante, te pido que le sean concedidas todas las gracias necesarias para que no siga ese camino y venga a buscarme».

En ese tremendo contraste entre las opiniones divinas y las humanas, se comprende mejor el desprecio que el adorable Jesús demuestra por las reglas del mundo y el designio tan alto, grandioso y sapiencial con que elige, para formar el Colegio Apostólico, a estos pescadores miserables e incultos, a los que más tarde dotará de una sabiduría superior, haciéndolos líderes de hombres, conquistadores, héroes, grandes santos, mártires incomparables.

Archivo Revista

Al elegir, por sapiencial designio, a miserables pescadores para constituir el Colegio Apostólico, el Señor demuestra su desprecio por las reglas del mundo

Monseñor João en agosto de 2003

Más que una simple reparación

En el caso concreto de Pedro, sabemos que poseía una fe en alto grado, hasta el punto de lanzarse al mar en busca del Señor sin medir los riesgos y de ser el primero en proclamar su divinidad. Sin embargo, cuando llegó el momento de afirmar que era discípulo suyo, lo negó tres veces.

¿Por qué lo negó? No fue por falta de fe, pues ésta era robusta, sino porque aún se amaba más a sí mismo que al Señor y le dio más importancia a la opinión de los demás que a la de Él.

Si su entrega de hecho hubiera sido total, quizá habría muerto junto al Maestro en aquella ocasión, pues el amor perfecto pasa por encima del instinto de conservación. Y así, no sólo habría habido dos ladrones en el Calvario, sino también el primer pontífice, dando ejemplo de cómo seguir a Jesucristo hasta la cruz.

Pero la Santísima Virgen rezaba por él. Cuando el apóstol se encontró con el Señor, tras su triple negación, aquella mirada divina convirtió la piedra: al percibir como en un espejo la situación de su alma, impregnada de orgullo, vanidad y respeto humano, Pedro se alejó angustiado y lloró…

Cuando Nuestro Señor resucitó y se le apareció individualmente, comenzó una etapa de esperanza. Pero fue también en este período cuando ocurrió el interrogatorio de tres preguntas idénticas por parte del Redentor: «¿Me amas?» (cf. Jn 21, 15-17). Pedro se entristeció y se sintió inseguro, creyendo que Jesús le preguntaba tres veces para que pudiese reparar su crimen.

De hecho, Él quería una reparación de la falta cometida anteriormente por una afirmación en sentido contrario, pero no sólo eso. Mucho más importante era darle a

Pedro la oportunidad de crecer en el amor, incluso antes de la venida del Espíritu Santo.

Sí, en cierto momento una lengua de fuego se posaría sobre su cabeza, y saldría proclamando lo que antes le parecía una imprudencia. Por su palabra, tres mil personas serían bautizadas en un solo día, y por su acciones y sus milagros, el Mesías iluminaría el mundo y la historia cambiaría.

Pero primero era necesario que hiciera el firme propósito de amar a Nuestro Señor más que a sí mismo, con un amor mayor que el de los demás: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Por eso, Jesús añadió: «¡Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas!».

La esencia del papado reside en el amor

Desde el principio, cuando Andrés había llevado a su hermano hasta Jesús, éste ya lo había elegido para ser el primer Papa, diciendo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa "piedra")» (Jn 1, 42). ¿Por qué? ¿Por ser el que más conocía? No. Porque, a pesar de sus debilidades, era quien más amaba.

Reproducción

El espíritu que presidió visiblemente la fundación de la Iglesia continúa acompañando de manera invisible su desarrollo a lo largo de los siglos

San Pedro recibe las llaves del Reino de los Cielos - Iglesia de San Pedro y San Pablo, Kössen (Austria)

Vemos, entonces, un criterio que quizá se estableciera en los cónclaves, o tal vez para ser utilizado en épocas turbulentas, para la elección de un Papa: el que más ama es el que tiene verdaderamente la capacidad de apacentar el rebaño. Porque quien conoce, enseña; pero quien ama, apacienta.

Un Papa no tiene por qué ser el más prudente y hábil ni el mejor diplomático. Tampoco necesita ser el más preparado intelectualmente; ni el más noble o distinguido. Si ni siquiera la fe bastó a aquel sobre el cual fue erigida la Iglesia, ¿cómo bastará para sus sucesores?

El amor, sí, constituye objeto de juicio, pues en materia de mérito está por encima del propio conocimiento, como afirma San Juan de la Cruz: «A la tarde de esta vida seréis juzgados en el amor».[1]

De hecho, para santificar, encender el fervor y unir más a la fuente de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo, y a María, Madre de la gracia, es necesario amar. Sólo hace brotar la tranquilidad, el consuelo y la alegría quien se desprende de sí mismo, porque de la caridad mana la paz. San Agustín afirma: «*Dilige et quod vis fac* —Ama y haz lo que quieras»;[2] y podemos completar que quien ama es capaz de todo, incluso de ser Papa… El egoísta, por el contrario, crea a su alrededor un ambiente de amargura, indisposición y malestar.

Dios dirige su obra con mano omnipotente

He aquí una impresionante lección, que nos lleva a la siguiente conclusión: es necesario que las obras de Dios sean dirigidas por su mano omnipotente, o no hay cualidad humana que las haga resistir.

Al contemplar la Santa Iglesia en la actual coyuntura, debemos evitar cualquier pensamiento de desánimo, o tal vez de amargura, a propósito de las deficiencias e imperfecciones existentes en el elemento visible de esta divina institución. Creemos que el espíritu que presidió visiblemente la fundación de esta obra continúa acompañando de manera invisible su desarrollo a lo largo de los siglos, hasta nuestros días.

Así como la Iglesia fue erigida sobre un pilar tan insuficiente desde el punto de vista humano, pero luego se apoderó del mundo, creemos que, si hoy atraviesa dificultades, el apogeo de su historia aún no ha llegado; más bien, ¡está por realizarse de una forma estupenda y magnífica! Las miserias o defecciones actuales, como en tiempos pasados, lejos de sacudir nuestra fe, son útiles para mostrar a los ojos de todos la acción siempre milagrosa de aquel que con un simple acto de voluntad creó el universo.

Tengamos una confianza seria y firme en el futuro de la Iglesia: ¡el Señor hará que esta barca llegue a buen puerto! ✣

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1992 y 2010.

---

[1] Cf. San Juan de la Cruz. «Dichos de luz y amor», n.º 59. *In*: *Vida y obras*. 5.ª ed. Madrid: BAC, 1964, p. 963.

[2] San Agustín. «In Epistolam Ioannis ad Parthos tractatus decem». Tractatus VII, n.º 8. *In*: *Obras*. Madrid: BAC, 1959, t. XVIII, p. 304.

El papado

Guía, modelo y esperanza

A lo largo de los siglos, la figura del pontífice romano se ha vuelto cada vez más nítida y valiosa. Infalible y supremo, ¿no representará el Papa algo más para los fieles?

Miguel de Souza Ferrari

«Nadie puede ser juez y parte», reza el adagio popular. O bien, tomando las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero» (Jn 5, 31). Quizá, querido lector, ya haya aplicado usted este principio, aunque de manera involuntaria, o que haya oído que lo aplicara otra persona —probablemente un no católico— a la doctrina de la infalibilidad pontificia.

De hecho, parece un circuito cerrado que el Papa afirme: «Como todo lo que digo es inerrante, declaro que no puedo errar». Es decir, la única garantía de que es infalible reside en su propia palabra. Sonaría como el *quia nominor leo*[1] de la antigua fábula romana.

Pero la realidad se presenta muy distinta. Primero, porque ningún Papa creó el dogma de la infalibilidad pontificia; después, porque no todo lo que dice el Papa es infalible. Aclarémoslo…

El primado romano a lo largo de los siglos

Para empezar, debemos tener en cuenta que desde los comienzos de la Iglesia el Papa ha sido considerado la máxima autoridad de la Iglesia.

El primer testimonio de que la Iglesia Romana tiene primacía sobre todas las demás se encuentra en la pluma de un autor no romano, ya en el siglo I. San Ignacio de Antioquía, en su carta a los fieles de la comunidad de Roma, la llama «la Iglesia que preside en la región de los romanos […], que preside a la caridad».[2] Cabe señalar que algunos teólogos interpretan la palabra *caridad* como una referencia a la Iglesia universal; otros, en cambio, afirman que significa la totalidad de la vida sobrenatural y, de esta forma, la Iglesia Romana tendría autoridad para guiar y dirigir todo lo que se refiere a la esencia del cristianismo.[3]

También San Jerónimo, estando en Siria, le escribió al papa San Dámaso para consultarle sobre algunas cuestiones relativas a la herejía arriana y declara: «Yo, mientras tanto, clamo: quien se adhiera a la cátedra de Pedro, es mío».[4] En la misma línea, San Ireneo explica que siempre ha sido necesario que toda la Iglesia, o sea, la totalidad de los fieles, esté unida a la Sede Romana, «a causa de su principado más excelente».[5] Y a lo largo de los siglos se ha hecho famosa la expresión de San Ambrosio: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*.[6]

En fin, ahorremos a los lectores una larga lista de referencias a los Padres y doctores que defendieron la soberanía del Papa en la Iglesia, así como los fundamentos bíblicos de dicha doctrina. Citando el Concilio de Éfeso, celebrado en el 431, el Concilio Vaticano I lo resume bien:

«A nadie a la verdad le es dudoso, antes bien, a todos los siglos es notorio, que el santo y beatísimo Pedro, príncipe y cabeza de los Apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia Católica, recibió las llaves del Reino de manos de Nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del género humano; y, hasta el tiempo presente y siempre, sigue viviendo y preside y ejerce el juicio en sus sucesores, los obispos de la Santa Sede Romana, por él fundada y por su sangre consagrada».[7]

El oro y la plata surgen de entre el trueno

Nos encontramos ya en el siglo XIX. A pesar de las numerosas revoluciones, cismas y herejías por las que atravesó la Iglesia, una verdad no pudo ser borrada del corazón de los fieles: la máxima autoridad terrena del Cuerpo Místico de Cristo es el Papa.

Sin embargo, ¿en qué consistía esa autoridad? Algunos exageraban, porque pensaban que fuera absoluta en todos los ámbitos. Otros temían que una definición dogmática al respecto diera lugar a un abuso del magisterio eclesiástico.

En efecto, a lo largo de los siglos, el Santo Padre no siempre ha sido un modelo de santidad; el soberano de la Iglesia Católica ha tenido a veces una opinión política inapropiada; el timonel de la nave de Pedro ha cometido deslices…

Había llegado, pues, el momento —tras diecinueve siglos de fe implícita— de dejar perfectamente clara tal doctrina.

Se sentaba en el solio pontificio el Beato Pío IX. Habiendo acumulado ya veintitrés años en este ministerio —su pontificado fue uno de los más largos de la historia—, percibió claramente que, en una situación tan delicada, no había nada mejor que convocar un concilio ecuménico, esto es, una reunión de obispos de todo el mundo para tratar un asunto vital de la Iglesia.

Pío IX quería un concilio a la altura del tema en cuestión; su deseo era que participara en este momento histórico el mayor número posible de obispos. Así, más de setecientos dignatarios eclesiásticos entraban en solemne cortejo aquel 8 de diciembre de 1869, bajo un cielo que, como el monte Sinaí, presentaba su estruendoso homenaje a las nuevas tablas de la ley, las cuales, sin dejar de ser pétreas, estaban ahora representadas por el oro y la plata de las llaves del Pescador.

Comenzaba entonces el Concilio Vaticano I, que, habiendo empezado con los saludos de truenos celestiales, estaba destinado a terminar atacado por los terrenales…

El plan inicial del concilio, manifestado en el esquema *Supremi Pastoris*, pretendía tratar de la Iglesia y de la primacía del Papa. Sólo más tarde fue cuando Pío IX añadió el tema de la infalibilidad, que se incluyó en la agenda el 7 de marzo. Tras numerosas discusiones y contratiempos, la casi unanimidad de los padres conciliares votó por la infalibilidad pontificia —únicamente votaron en contra dos prelados—, la cual fue proclamada de un modo solemne el 18 de julio, de nuevo bajo el saludo celestial de los rayos.

El 19 de julio, el Papa suspendió durante unos meses las sesiones conciliares; en ese mismo día estalló la guerra franco-prusiana y las tropas francesas se retiraron de Roma, dejando el camino despejado para que los liberales italianos invadieran los Estados Pontificios. Incapaz de continuar el concilio, en octubre Pío IX suspendió las sesiones *sine die*, pero lo más importante ya se había conquistado: la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia.

Esto confirma lo que dijimos más arriba: ningún Papa creó este dogma —ya estaba vivo en la Tradición de la Iglesia, basado en las Escrituras, y fue explicitado y proclamado por decisión de un concilio ecuménico. Basta analizar qué se definió exactamente.

Emeltet (CC by-sa 4.0)

El príncipe de los Apóstoles recibió de Nuestro Señor Jeuscristo las llaves del Reino y, ahora y siempre, preside la Iglesia en sus sucesores

Pío IX declara el dogma de la Inmaculada Concepción - Iglesia de San Salvador, Plancoët (Francia)

¿Es el Papa realmente infalible en todo?

La respuesta a la pregunta del epígrafe es simple: no.

Una curiosa paradoja rodea esa doctrina: la infalibilidad está garantizada para la *persona* del romano pontífice, aunque no se puede hablar propiamente de infalibilidad *personal*.

En otras palabras, el Papa, cabeza y jefe de la Iglesia universal —es decir, como *persona pública*— posee la infalibilidad, pero la persona particular del obispo de Roma no goza de tal privilegio.[8] Por esta razón si, por ejemplo, renunciara a ese *munus*, perdería inmediatamente la excepcional asistencia del Espíritu Santo.

En consecuencia, el Papa es infalible sólo cuando hace uso de su autoridad en un acto en el que invoca de forma manifiesta ese privilegio, es decir, sentado simbólicamente en su cátedra pontificia —de ahí la expresión latina *ex cathedra*— y no cuando expresa sus opiniones personales.

Además, es necesario que el tema tratado se refiera a la divina Revelación, o sea, a cuestiones de fe o de moral. No será infalible, por tanto, un pronunciamiento pontificio sobre asuntos políticos, sociales, ecológicos, etc.

Guía, modelo y esperanza

Hechas estas consideraciones, puede quedar una duda: sabemos que el Papa no es un tirano, que invente doctrinas a su antojo, y hemos visto que únicamente es infalible bajo ciertas condiciones, tan restringidas que pocos pronunciamientos verdaderamente infalibles se han hecho desde Pío IX; ¿concluiremos de esto que un fiel católico puede vivir desconectado del romano pontífice, siempre

La mayor fuerza moral del mundo

Escrito a principios de la década de 1940, con imágenes propias de la época, el artículo del Dr. Plinio, parcialmente transcrito a continuación, revela el siempre perenne poder de atracción del vicario de Cristo en la tierra.

Plinio Corrêa de Oliveira

Pedro, el primer pontífice, al recibir del Maestro las llaves del Reino de los Cielos, recibía antes su Corazón divino. Al poseer el Corazón de Cristo, capaz de amar a toda la humanidad, Pedro puede ser Cristo en la tierra. […] He aquí el augusto misterio que hace del romano pontífice el Padre universal de los pueblos, el próvido distribuidor del pan de la verdad, el guía seguro en los tortuosos caminos de la paz y de la justicia.

Desde hace veinte siglos, la humanidad lo reconoce como tal. A pesar de las luchas, las persecuciones, las aberraciones de todos los tiempos, individuos y pueblos, grandes y pequeños, en momentos de dolor y de desgracia, se dirigen a Roma, recurriendo a aquel que, sin distinción de casta o raza a todos escucha, a todos acoge, a todos consuela y bendice. La fuerza moral del pontífice es la misma de siempre, de hoy, de ayer, de todos los períodos de su historia. Es el punto de atracción de todas las inteligencias y de todos los corazones. Su majestad, sublime y excelsa entre todas, supera lo humano, alcanza lo divino. Rey de un estado pequeñito, se sienta en un trono que es la garantía de todos los tronos, porque es el gran infalible de la moral que defiende el orden más que el aparato de la fuerza y la bravura de los ejércitos.

Quien quisiera conocer, en su realidad, el poder moral del pontífice no tendría más que colocarse, un día solamente, en los primeros peldaños de la escalera que conduce al Vaticano. —¿Quién pasa? Interrogaría, maravillado, a cada instante. —Un adinerado caballero, hijo de ultramar. Ha viajado por todo el mundo; ha visitado todas las maravillas de la tierra. Ha reservado para el final la mayor de todas: antes de regresar a las islas de su Bretaña o a las capitales de su América, quiere ver al Papa de Roma. —¿Quién pasa? —Una hermana que siga la doctrina infalible proclamada a lo largo de los siglos? ¡En absoluto!

Aunque la infalibilidad pontificia se limite a cuestiones de fe y moral, y el primado romano se refiera a la disciplina de la Iglesia universal, el Papa no es meramente una especie de baliza que hay que seguir sólo para no extraviarse.

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará» (Mt 16, 18); «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 17). Estas palabras del divino Maestro a San Pedro no lo muestran simplemente como el poseedor de una autoridad, como juez y árbitro. También indican que el sumo pontífice es además —y, nos atreveríamos a añadir, principalmente— el Pastor supremo, el padre de todos los fieles, el dulce Cristo en la tierra.

El sentido de los fieles, por tanto, tiene el derecho y el deber de mirar al obispo de Roma como un guía, un modelo, una esperanza.

Guía, porque por su magisterio —no sólo el infalible, sino también el ordinario— es fuente de enseñanzas relativas a la fe.

Los fieles tienen el derecho y el deber de mirar al obispo de Roma como guía, modelo y esperanza

San Pedro - Basílica de San Pedro, Vaticano; de fondo, interior del templo

Gustavo Kralj

Sumario

de la caridad, con su cándido velo ondeando al viento. Ha dejado un orfanato, un asilo, una escuela en el interior más desolado de la India: viene a besar los pies del Santo Padre, para volver, feliz, entre sus huérfanos y consagrarles toda su vida. —¿Quién pasa? —Un venerable prelado, de blanco cabello, cargado de años, consumido por la fatiga. Viene de Canadá, de las Montañas Rocosas o de las inmensas pampas de la América Meridional. Viene a ver al Santo Padre, a implorar su bendición. —¿Quién pasa? —El embajador del soberano más poderoso del mundo. Es protestante, pero no se retrae en rendir homenaje al septuagenario, que no es rey más que de un minúsculo estado, pero que es el Padre universal de todos los pueblos. —¿Quién pasa? —Un misionero de Japón, un religioso de España, un misionero de África. Vienen a contarle al vicario de Cristo el éxito de sus esfuerzos, fruto de su labor apostólica. —¿Quién pasa, con toda esa pompa, con todo ese cortejo? —Un príncipe cristiano, augusto descendiente de los antiguos guerreros que repelieron a los bárbaros, que libraron las cruzadas. Conservando en sus venas la sangre y en su corazón los sentimientos de sus abuelos, no tiene reparo en venir a depositar a los pies del Dulce Cristo en la tierra el tributo de su afecto, el homenaje de sus súbditos. —¿Quién pasa? —Un peregrino de Polonia, un monje de Armenia o de Siria, un hombre de letras, una humilde hija del pueblo, un librepensador, un capitán del ejército. Todos suben ansiosos esas escaleras. Recorren impacientes las salas del Vaticano para ver al anciano vestido de blanco, besarle las manos y los pies, oír su voz, recibir su bendición. Y luego, bajan radiantes de alegría, regresan dichosos a sus tierras, a sus hogares, a sus quehaceres, y nunca olvidarán ese día tan afortunado.

Esta es la historia de cada día, de cada semana, de cada mes, de cada año. Esta es la historia de cada siglo. Tal es la fuerza misteriosa, centro de la Roma nueva, que, partiendo del Vaticano, se irradia al mundo, toca corazones, lo penetra todo, lo mueve todo. Y cuando un alma afligida o devota no tiene la ventura de acercarse al Santo Padre para hacer un lamento o protestar su amor, ahí está, incluso de lejos, lanzando una mirada y un grito hacia el lado donde se alza, cual faro de justicia, la cúpula de San Pedro.

Felipe Augusto, rey de Francia, tratando de repudiar a su legítima esposa, Ingeburge, princesa de Dinamarca, se une a Inés de Merania. La desdichada reina, sola, en el exilio, lejos de los suyos, repudiada y despreciada por su infiel esposo, prorrumpe en un grito de angustia, pero también de una sublimidad sin igual: —¡Roma! ¡Roma! ¡Oh, qué hermoso es ese grito del alma oprimida, de la inocencia, de la víctima, invocando de Roma la justicia. […]

He ahí la fuerza moral del pontífice. La misma de ayer, la misma de hoy; la misma en el pasado, la misma en el futuro, la única capaz de salvar al mundo. ✣

«O Papa, Vigário de Cristo. A maior força moral do mundo». *In*: *Legionário*. São Paulo. Año XV. N.º 496 (15 mar, 1942), p. 1.

Modelo, porque el Santo Padre no tiene únicamente la obligación de ser santo, como todos los demás bautizados, sino que, como vicario de Cristo, el propio Salvador le concede de manera superabundante gracias para que su vida sea un modelo para las ovejas. Le basta con que no oponga resistencia a la acción divina.

Esperanza, porque en un mundo caótico y desestabilizado como el nuestro, donde se presentan tantos guías ciegos y tantos falsos modelos, donde la verdad es tergiversada u ocultada, el bien, negado y la belleza, mancillada, donde, en fin, la fe parece excluida de las instituciones y de las almas, nos acordamos de las palabras del Salvador: «Simón, yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32).

Dicho de otro modo, es un deber de todo católico dedicarle sus mejores sentimientos al Papa felizmente reinante y rezar para que sea siempre el «faro que ilumine las noches del mundo».[9] ✣

[1] Del latín: «Porque me llamo león».

[2] San Ignacio de Antioquía. *Lettre aux romains*, Salutation: SC 10, 125.

[3] Cf. Quasten, Johannes. *Patrología*. 3.ª ed. Madrid: BAC, 1978, t. I, p. 78.

[4] San Jerónimo. *Epistola XVI. Ad Damasum Papam*, n.º 2: PL 22, 359.

[5] San Ireneo de Lyon. *Adversus hæreses*. L. III, c. 3, n.º 2: PG 7, 849.

[6] Del latín: «Donde está Pedro, allí está la Iglesia» (San Ambrosio de Milán. *In Psalmo XL*, n.º 30: PL 14, 1082).

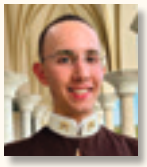
[7] Concilio Vaticano I. *Pastor æternus*, c. 2: DH 3056.

[8] Cf. Gasser, Vincentius. «Relatio in caput IV emendationes eiusdem». *In*: Mansi, Johannes Dominicus. *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*. Graz: Akademische Druck, 1961, t. LII, col. 1213.

[9] León XIV. *Homilía*, 9/5/2025.

Lobos con piel de pastor

A lo largo de dos mil años, más de cuarenta hombres han intentado usurpar el papado para beneficio personal o en favor de la impiedad. Su historia es una de las más bellas pruebas de la invencibilidad de la Iglesia.



Pedro Gusson Angelune Martins

Impostor: alguien que vive en medio de sueños, creyéndose lo que no es, con la candidez de un niño y la malicia de un demonio. El impostor quiere que su palabra sea creída e incluso que su autoridad sea reconocida. En él, la hipocresía enmascara la verdad, la disimulación camufla las actitudes y la astucia pretende dar apariencia de bien a las obras malas.

GFreihalter (CC by-sa 3.0)

San Hipólito - Iglesia de San Nicolás, Châteaubriant (Francia)

En el cortejo de los supremos jerarcas del orbe —los romanos pontífices—, algunos personajes quisieron en vano atraer hacía sí las miradas de su época. Estos impostores, vestidos de blanco, pasaron a la posteridad con el negro título de antipapas: aquellos que usurparon el título y las funciones del obispo de Roma, oponiéndose al Papa legítimo.

Un antipapa… ¡¿santo?!

El caso de San Hipólito, el primer antipapa, es especialmente curioso. Procedente de Alejandría, en el año 170 llegó a la Ciudad Eterna, donde fue ordenado por el papa Víctor I. El neopresbítero era un hombre al que le costaba inclinar la cabeza. ¿Cómo podía un gran teólogo someterse a los inexpresivos obispos de Roma? ¿Y cómo iba a aceptar la excesiva misericordia que éstos mostraban hacia los penitentes?

Vestidos de blanco, algunos personajes pasaron a la historia con el negro título de antipapas: los que usurparon el título del obispo de Roma

Cuando, en el 217, Calixto fue elegido sucesor de Pedro, los partidarios de Hipólito se separaron de la Iglesia y lo eligieron inválidamente. Así transcurrieron casi veinte años, hasta que la persecución de Maximino asoló la Iglesia y varios dignatarios fueron expatriados.

Según una piadosa tradición, ya en el exilio, el antipapa Hipólito se doblegó ante el papa Ponciano, por entonces reinante, reconociendo su supremacía. Poco después, ambos prefirieron la muerte a la apostasía. Y, habiendo unido el martirio a los que la vida había separado, Hipólito fue inscrito en la lista de los bienaventurados.[1]

Entre Pedro y César

De las grandes tentaciones que pueden afectar al hombre, una de las más peligrosas es considerarse una miniatura de Dios. Los emperadores romanos no estaban exentos de este peligro. De hecho, cuando veían en la religión una oportunidad para hacer valer sus poderes, incurrían en contra del mandato del Salvador: «Dad al César lo que es del

César» (Mt 22, 21). Y al César no le corresponde elegir Papas.

El emperador Constancio, a mediados del siglo IV, exilió al papa Liberio a Tracia, tras unas desavenencias teológicas. Ahora bien, cuando un funcionario imperial era desterrado, perdía automáticamente sus cargos. Por lo tanto, al considerar concluidas las funciones de Liberio, Constancio decidió que el diácono Félix debía sucederle.

El pueblo romano no aceptó al antipapa y montó una revuelta. En el 365, ante la inviabilidad de la situación, el emperador buscó un arreglo: Félix compartiría el papado con Liberio en una especie de diarquía.[2] Sin embargo, tales concesiones tienen la rara cualidad de no agradar a ninguna de las partes…

Obligado a retirarse, Félix terminaría sus días en los suburbios de Roma, ejerciendo aún funciones episcopales. No obstante, su comedia enseñó algo serio a la historia: los católicos distinguen la voz del pastor de la del mercenario.

Reproducción

Deposición del papa Benedicto IX en el Sínodo de Sutri

La fuerza persuasiva de las armas

Al ser el obispo de Roma un auténtico príncipe soberano con poderes temporales, tampoco faltaron intentos de dominar la Sede Apostólica por su valor secular.

Es lo que sucedió cuando falleció Pablo I, en el verano del 767, en donde el clima estaba caldeado en todos los sentidos. Dos partidos se habían formado en torno al lecho del moribundo: el del duque Toto de Nepi, apoyado por el ejército, y el del canónigo Cristóforo, respaldado por la nobleza romana. Valiéndose de la persuasión de las armas, Toto se adueñó del poder e hizo de su hermano laico, Constantino, el inválido sucesor de Pablo I. Cristóforo, sin embargo, corrió a implorar el auxilio del rey Desiderio y logró imponer el orden en la Urbe. El antipapa Constantino fue privado de la vista y, tras un nuevo intento de consagrar un antipapa, se garantizó la elección legítima de Esteban III.

«No hay mal que por bien no venga». Tras una turbulenta elección, el nuevo pontífice convocó en el 769 un sínodo para, entre otras cuestiones, deliberar sobre las elecciones pontificias. A partir de entonces, sólo el clero tendría derecho a voto, y únicamente los cardenales serían candidatos.

> *No faltaron los que quisieron dominar la Sede Apostólica por su valor secular, ni tampoco quien quisiera comprar el trono de Simón Pedro*

¿Cuánto cuesta ser Papa?

El caso de Benedicto IX, cuyo nombre aparece tres veces en la lista de Papas, es excepcional. Elegido en 1032, tuvo que huir de las revoluciones que sacudieron Roma en 1044, que resultaron en su deposición y en la elección de Silvestre III como pontífice. Menos de un año después, regresó al solio pontificio… por poco tiempo, ya que vendió el cargo, dos meses más tarde, por mil quinientas libras de oro.[3]

¡Qué triste precio ése con el que Benedicto tasó el trono de Simón Pedro! En realidad, se mostró aliado de otro Simón, el Mago, quien ya en los comienzos de la Iglesia quiso comprar con dinero el poder divino (cf. Hch 8, 18-23), preludiando así la vergonzosa lista de hombres que comerciarían con bienes espirituales.

A pesar de tan aberrante simonía, Benedicto IX fue reelegido en noviembre de 1047. Cansado, no obstante, de una existencia tan agitada, renunció definitivamente al año siguiente, no sin dejar huella en la historia por su mal ejemplo.

De él surgiría una larga disputa entre los partidarios de los emperadores alemanes y los defensores del clero romano. Aprovechando el conflicto, aparecerían diez antipapas durante un siglo.

Para evitar una recaída en desastres similares y reafirmar que la Iglesia está en el mundo sin ser del mundo, Nicolás II promulgó un decreto el 13 de abril de 1059 sobre la elección del Papa.[4] Aunque el emperador fuera consagrado por el Papa, no podría nombrar al romano pontífice.

Parecía que todo se había resuelto. Pero el hombre es de barro.

¿Tres Papas y una Iglesia?

Los disturbios que siguieron a la muerte de Gregorio XI en 1378 fueron los primeros síntomas de la grave enfermedad que había infectado al papado en aquella decadente Edad Media. Tras setenta años de pontífices exiliados en Aviñón, el mundo se dividía entre los que aspiraban a la solución romana y los que ansiaban un sucesor francés.

Sin embargo, el elegido fue un italiano, Urbano VI, cuya actitud exagerada no tardó en servir de pretexto para que se eligiera otro cardenal, el español Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII.

Dos elegidos… ¿Quién era el Papa? Para deshacer el enredo era necesaria la renuncia voluntaria de ambos. Pero ninguno quería dejar su cargo. Intentaron resolver el asunto en Pisa, donde, en 1409, un concilio ilegítimo eligió a Alejandro V como Papa. Al tratar de desatar el embrollo, la situación se complicó aún más: en lugar de dos, había tres pretendidos pontífices.

En busca de una solución definitiva, se convocó un concilio en Constanza. El antipapa de Pisa fue destituido. El verdadero pontífice renunció al papado. Y Benedicto XIII, eternamente obstinado, sería depuesto. En noviembre de 1417, fue elegido el nuevo Papa: Martín V.

¿Qué nos enseñaron los antipapas?

El mal de los antipapas parecía mortalmente herido. De hecho, Félix V, que parece haber sido el último de esos impostores registrados por la historia, se reconciliaría con la Iglesia en 1449. Pero ¿sería realmente el último antipapa? Sólo lo sabremos en el fin del mundo…

La tiara pontificia siempre será codiciada por la ambición de los hombres, sedientos de todas las coronas, sean del tipo que sean. Pero también los poderes demoníacos, auxiliados por sus secuaces terrenales, siempre procuran adueñarse de las llaves de Pedro, aquellas llaves que pueden abrir el Cielo y cerrar los abismos eternos. Sería su mayor triunfo… si no existiera la promesa divina de que la Iglesia prevalecerá sobre las puertas del Infierno (cf. Mt 16, 18-19).

Los más de cuarenta antipapas que han surgido a lo largo de estos dos mil años de cristianismo —y todos los demás que aún pretenden usurpar la Santa Sede— nos han dejado o nos dejarán, al menos, una edificante enseñanza: aunque manos enemigas parezcan robar el timón de la barca inmortal de Pedro, las fauces del Infierno no la devorarán. El impostor morirá, y la Iglesia seguirá surcando el mar de los siglos. ✣

> *Aunque manos enemigas parezcan robar el timón de la barca de Pedro, el mal perecerá y la Iglesia seguirá surcando el mar de los siglos*

---

[1] Cf. Paredes, Javier (Dir.). *Diccionario de los Papas y Concilios*. Barcelona: Ariel, 1998, p. 21.

[2] Cf. *Idem*, p. 36.

[3] Cf. *Idem*, p. 153.

[4] Cf. Daniel-Rops, Henri. *A Igreja das catedrais e das cruzadas*. São Paulo: Quadrante, 1993, p. 198.

Fotos: Reproducción

De izquierda a derecha: los antipapas Alejandro V, Félix V y Benedicto XIII

¿Por qué uno?

La simple contemplación de la obra de la creación proporciona al hombre un prodigioso caleidoscopio de las perfecciones divinas. A modo de ejemplo, consideremos el movimiento migratorio de los gansos canadienses. ¿Quién no se ha maravillado de la sabiduría que se manifiesta en ellos? Atraviesan miles de kilómetros volando siempre juntos, en una impecable formación en «V», para que todos se beneficien del desplazamiento de aire provocado por el que lidera la expedición. A éste, sin embargo, le corresponde no sólo el gran esfuerzo de enfrentar la masa de aire, abriendo el camino a los que le siguen, sino también guiar y «confirmar» a sus «hermanos» en la consecución del objetivo común.

Dios, que así ordenó la existencia de estas simples aves, ¿no habrá realizado algo aún más hermoso en la obra maestra del universo, la Santa Iglesia Católica? Esto es lo que vamos a considerar, a través de los ojos del Doctor Angélico (cf. *Summa contra gentiles*. L. IV, c. 76).

Es bien sabido que el divino Redentor estructuró la Iglesia de forma jerárquica: unos son pastores, otros ovejas; los hay cuya misión consiste en enseñar, guiar y santificar, y otros llamados a ser enseñados, guiados y santificados. No obstante, ante la siempre creciente multiplicación de los pastores dispersos por la vastedad de la tierra, la cohesión del Cuerpo Místico de Cristo se vería seriamente sacudida sin una fundamental unidad, es decir, la de la fe.

¿Cómo, pues, conservar esa imprescindible unidad en medio de la diversidad de pueblos y culturas, de choques de civilizaciones, de oscilaciones de los ánimos, sin excluir aún de ese panorama el factor deletéreo de los siglos, que se suceden inexorablemente hasta la consumación de la historia? Sólo una inteligencia divina sería capaz de resolver tal problema, insoluble para la pobre mente humana…

Esta unidad de fe, explica Santo Tomás, exige que la Iglesia tenga un jefe único y universal. Por eso, Cristo le dirá tres veces a Pedro: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17). Y también: «Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32). Jesús le indicaba así al primer Papa su misión, garantizándole una asistencia especial de la Providencia.

La dignidad y unicidad de la misión de Pedro son, por tanto, inconmensurables. Para enfatizarlas, el Aquinate recurre a un argumento de naturaleza escatológica: la Iglesia militante es una prolongación de la Iglesia triunfante, que constituye un solo rebaño en el Cielo, bajo el liderazgo de un solo Jefe, que es el propio Dios. Del mismo modo, la Iglesia militante, como prolongación y reflejo de la gloriosa, también necesita estar bajo el liderazgo de un solo pastor, el sumo pontífice. De esta manera, Pedro asume en la tierra el puesto de lugarteniente del Padre eterno en el Cielo.

A todo lo que acabamos de exponer, se podría objetar que esa estructura jerárquica, anclada en la persona de Pedro, se restringiría exclusivamente al núcleo inicial de los discípulos de Cristo. Ahora bien, responde Santo Tomás, el Salvador instituyó su Iglesia para que atravesara los siglos, como medio por el cual Él cumpliría su promesa: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20). Por consiguiente, es necesario que la potestad que le confirió a los Apóstoles, en particular a Pedro, sea transferida a sus sucesores hasta la consumación de los siglos. ✣

Francisco Lecaros

La Iglesia militante, como prolongación de la gloriosa, necesita estar bajo el liderazgo de un solo pastor: el sumo pontífice

Jesús confía el rebaño a San Pedro - Iglesia de San Clemente, Nantes (Francia)

Eje de la historia

Para el Dr. Plinio, la infalibilidad pontificia se convirtió en el motivo de su alegría y de su encanto. Era la alegría de la persona fiel que encontraba en quién depositar su fidelidad, y sin la cual sería irremediablemente triste, por no tener quien guiara sus pasos.

Plinio Corrêa de Oliveira

En cierta ocasión, rebuscando en uno de los cajones del escritorio de mi abuela,[1] descubrí entre un montón de papeles viejos algo que nunca había visto: una alargada fotografía que representaba un cortejo papal. Era parte de una serie de postales, que formaban un desplegable a todo color, en el que se veía la basílica de San Pedro desde la entrada hasta el fondo, las columnas de Bernini[2] alrededor del altar y el trono del Papa.

En la fotografía del cortejo aparecían, punto por punto, los cardenales, varios dignatarios y la Guardia Suiza, en una ceremonia celebrada en el Vaticano. Y, a través de algunas de esas altas ventanas de la basílica de San Pedro, entraban haces de luz que iluminaban tramos del cortejo. Al final iba el Papa, llevado en la sede gestatoria.

Sin duda eran recuerdos traídos de Europa, del viaje que mis parientes y yo habíamos hecho en 1912. Aquellas postales se guardaron sin que nadie las reviera nunca, para que los niños las miraran en algún momento. Recuerdo que me quedé encantado, me extasié con lo que vi. ¡Fue una auténtica vibración!

Comparando aquellas exterioridades con lo que ya sabía de catecismo y de Historia Sagrada, pensaba: «¡Qué acertado es esto! Mucho más: ¡es sublime! Y, más que sublime, ¡es sublimísimo! No encuentro una palabra que traduzca lo que pienso sobre ello!».

Ése es el recuerdo más antiguo que tengo de mí mismo contemplando el papado.

Un niño de gustos definidos

Así, mi mentalidad me preparaba para la aceptación entusiasta de una de las verdades que enseña la Iglesia, la cual me tocó más que cualquier otra cosa: la doctrina de la infalibilidad papal.

¿Cómo se formó en mí esta mentalidad? A partir de un rasgo nativo: la definición. Intelectivamente hablando, y en relación con todo, mis gustos en la primera infancia eran siempre decididos. Incluso me sorprendía ver que muchos otros niños dudaban en varias ocasiones, y no llegaba a entender que aún se estuvieran definiendo, mientras que yo ya había nacido definido, como una moneda acuñada.

Por ejemplo, cuando salía a comprar un juguete, me acuerdo de que ya sabía en casa, *a priori*, qué iba a escoger. Al llegar a la tienda, hacía una breve búsqueda y le decía al dependiente:

—¡Quiero eso!

Reproducción

«Mi mentalidad me preparaba para la aceptación entusiasta de una de las verdades que enseña la Iglesia: la doctrina de la infalibilidad papal»

Llegada de Pío IX a la apertura del Concilio Vaticano I

Aquello estaba ya comprado. Los demás críos deambulaban por toda la tienda, revoloteaban, dudaban y, a veces, un niño o una niña me llamaba y decía:

—Plinio, ven a verlo.

Los veía agitados o nerviosos, y reflexionaba: «¿No se dan cuenta de que están perdiendo el tiempo con todo ese trabajo de elegir? Yo ya he escogido de antemano y estoy servido».

Reflexión sobre la diversidad de opiniones entre las personas

A medida que iba creciendo, empezaba a percibir que esa indefinición se dejaba sentir en mil pequeñas y minúsculas circunstancias de la vida, y no ocurría sólo con respecto a elecciones, sino también a opiniones.

También notaba que las personas mayores que me rodeaban —y a quienes respetaba profundamente— discrepaban de numerosas opiniones. Cada una pensaba de una manera y nunca se ponían de acuerdo por completo. Así pues, escuchaba a mi alrededor muchas discusiones y veía un desacuerdo sin fin sobre innumerables temas… Y pensaba: «Aquí hay personas razonablemente inteligentes y educadas que divergen entre sí en casi todo. Ahora bien, donde hay mucho desacuerdo, una de las partes está equivocada. Por lo tanto, si una de las partes siempre está errada, y hay muchas tesis opuestas, debe haber muchos errores; y si hay muchos errores, hay muchas personas muy equivocadas. Veo que el error está en su naturaleza. ¿Dónde acabará esto? Y si todo el mundo se equivoca, ¿qué sentido tiene razonar?».

Haciendo esas reflexiones, tenía la idea de caos y sentía una tremenda inseguridad, abrumado por la impresión de que, en el fondo, no valía la pena pensar, porque si por cada diez ideas que tuviera, al menos una estaba equivocada, mi situación sería como la de alguien que está caminando y cada diez pasos se cae al suelo. «Entonces —me preguntaba—, ¿merece la pena andar? ¿Para qué? ¿Para lastimarme en el camino?».

Archivo Revista

Si todos los hombres son susceptibles de error, ¿qué brújula orienta al mundo? La solución sería que hubiera alguien a quien todos deberían amoldarse

El Dr. Plinio en 1989

Y pensaba: «No sé qué tipo de confianza podré tener en mí mismo y en mi propio razonamiento cuando sea adulto. Ya sé de antemano y me estoy dando cuenta de que en varios puntos me voy a equivocar. ¿Adónde podría llevarme eso? Por otro lado, ¿qué solución se le puede dar a los problemas del mundo si todas la personas yerran? ¿Es éste un mundo de locos?».

En busca de una persona sin falla

Y continuaba: «No puede serlo, porque veo que en él existe una cosa que no está loca: la Iglesia Católica Apostólica Romana. Pero ¿será verdad que la Iglesia no yerra? Está formada por hombres. Los sacerdotes son como las demás personas, hijos de padres que yerran o han errado. De tal palo, tal astilla, y el hijo de quien ha errado también yerra. Entonces, ¿cuál es la brújula que orienta al mundo? La única solución sería que hubiera alguien con el poder de mandar en todos los demás, que tendrían que amoldarse a esa persona. Sin embargo, no podría ser, por ejemplo, un hombre como yo, pues veo que no tengo altura, sustancia ni valor para hacer de mi personalidad la norma para otros. Es inútil. Si ese hombre fuera como yo, también acabará errando y será un ciego guiando a otros ciegos. ¿No será todo más que una inmensa ceguera? Entonces, ¿cómo elegir a ese hombre? No lo sé, no lo sé… ¡Oh, si pudiera apoyarme en un hombre que no errara!».

Anhelaba que hubiera alguien a quien contemplar, una persona cuya elevación estuviera por encima de todas las alturas. Sabía que Dios, en lo más alto del Cielo, es exactamente eso, al igual que la Santísima Virgen, en el orden de las meras criaturas. Pero, para que el orden de la tierra imitara al del Cielo, tendría que haber también alguien a semejanza de ellos.

Sin embargo, eso no era en mí un razonamiento tan explícito ni una búsqueda tan consciente como lo estoy diciendo. Se trataba de impresiones, surgidas a lo largo de mil y un episodios de la vida cotidiana, que siempre

volvían a mi espíritu y formaban algo similar a una estalactita y una estalagmita. La primera estaba hecha de acontecimientos cercanos que iban «goteando», mientras que la segunda estaba constituida por el recuerdo lejano de hechos pasados. Y estas impresiones, al fijarse en mi espíritu, me llevaban siempre a la misma conclusión, aunque implícita.

Explicitud sobre la infalibilidad pontificia

Más tarde, cuando ya estaba llegando a la adolescencia, apareció la solución al problema.

Creo que había oído hablar de la infalibilidad papal por primera vez en las clases de catecismo, cuando me preparaba para la primera comunión, pero era muy pequeño y no situaba ese asunto en la perspectiva de los problemas en los que estaba involucrado. Por lo tanto, no tuve entonces una noción clara del tema.

No obstante, siendo alumno del Colegio San Luis[3] y recibiendo clases metódicas de religión, un buen día alguien —no recuerdo quién— explicó, cerca de mí, que el Papa es infalible. Hay que decir que los jesuitas hablaban mucho del Papa y de la devoción que se le debe tener.

Entonces conocí la doctrina católica sobre la infalibilidad: me dijeron que el Papa enseña la verdad y no yerra, pues habla en nombre de Jesucristo, y Dios lo asiste en virtud de una promesa hecha por el Señor mismo en circunstancias admirables, en el momento más majestuoso entre todos en que instituyó el papado. Así, siempre que el Papa habla, invocando el poder de la infalibilidad y declarando que hace uso de ella, de esos benditos labios sólo puede salir la verdad.

Por tanto, entendí que si yo pensaba algo y el Papa enseñaba lo contrario, era él quien tenía razón y no yo.

Uno de los mayores encantos de la vida

Recuerdo que pensé: «¡Ahí está! Es la fórmula, la solución. ¡Qué acertado es esto! ¡Así es como debe ser!».

No logro expresar la completa consonancia que sentí con esa doctrina, ni uno se puede hacer la idea de lo que fue el bienestar de mi alma. Aquello fue para mí un arrobo, un vuelo. Algo en mi interior empezó a «tocar campanas», provocándome un entusiasmo enorme, extraordinario, incalculable, más allá de todo límite. ¡Era una maravilla! Fue un grito de mi alma que nadie puede imaginar. La alegría de Colón al descubrir América no se parece en nada con la que sentí cuando descubrí el dogma de la infalibilidad. Me sentí interiormente iluminado por esa alegría, que marcó una época en mi historia.

Hunter Masters / Unsplash

«El conocimiento de este dogma descansaba en toda una construcción psicológica anterior, como un águila que se posa en la cima de una montaña»

Pero ¿por qué mi alma se alegró tanto al saber que Nuestro Señor Jesucristo le dio a la Iglesia el carisma de la infalibilidad?

Porque comprendí que el camino de la verdad era accesible para mí, pues existía una autoridad, la cual mandaba sobre mí y me servía de protección contra mis locuras. Experimenté un enorme alivio y, al mismo tiempo, me sentí libre, pensando: «Sé que soy una criatura humana y siento mi propia falibilidad. Puedo incurrir en error y, sólo con mi inteligencia, no consigo encontrar mi camino. Pero este camino me es indicado por un guía infalible, apoyado por Dios, y ante quien puedo colocarme en la posición de discípulo y súbdito. Me siento como un hombre que caminaba en medio de precipicios, con miedo a caer y, de repente, alguien le dice: "¡Fíjate bien: hay un pasamanos!". Ahora estoy tranquilo y voy a contemplar el paisaje. Me toca respirar».

La piedra en el anillo y el águila en la montaña

Para entonces, ya había ganado la batalla de la molicie y estaba llevando a cabo mi programa, que era el de ser inocente como Jacob y agreste como Esaú (cf. Gén 25, 27). Y uno de los resultados de este descubrimiento de la infalibilidad fue que mi natural definición, basada en el sentido común y en el razonamiento, se apoyaba ahora en un sólido muro. Pero me doy cuenta de que si Nuestra Señora no me hubiera ayudado a resolverme a ser puro y fuerte, y si yo no hubiera odiado el caos revolucionario que reinaba en tantos ambientes, esa definición se habría diluido.

De este modo, por caminos interiores de la naturaleza y de la gracia —de esos que la Providencia prepara para cada persona—, se fue definiendo en mí un estado de alma que me disponía a recibir esa doctrina. Así como un anillo puede ser armado para que en él se engaste una piedra preciosa, mi mentalidad estaba preparada para recibir la piedra de las piedras, de inestimable valor: la doctrina de la infalibilidad papal.

El conocimiento de este dogma descansaba en toda una construcción psicológica anterior, como un águila que se posa en la cima de una montaña.

La pieza clave de todo orden humano

A partir de ese momento, la doctrina de la infalibilidad se tornó motivo de mi alegría y de mi encanto. Era la alegría de la persona fiel que encontraba en quién depositar su fidelidad, y sin la cual yo acabaría siendo un hombre irremediablemente triste, pues no tendría a nadie que guiara mis pasos.

Por otro lado, esta doctrina se convirtió en la gran defensa de mi mentalidad y la cerradura a través de la cual se me abrían todos los tesoros. Y llegaba a la siguiente conclusión: «Aunque no fuera católico, pero supiera que existe una religión que sostiene que su jefe es infalible, sólo por eso pensaría que es ésa la Iglesia verdadera, la religión de Dios».

Entendía que Dios, al crear una Iglesia verdadera, tenía que hacerla infalible, y que la pieza clave de todo el orden humano, así como la línea recta para llegar al Cielo, residía en el papado, porque sin él la tierra sería una locura, un antro de confusión y horror. ¿Cómo se puede evitar el caos en el mundo si se establece en las ideas? ¿Y cómo puede no haber caos en las ideas si no existe un gobierno para ellas? ¿Y cómo es posible un gobierno para las ideas si no cuenta con garantías divinas de infalibilidad? Necesariamente, Dios tenía que hacer a alguien infalible. El Papa, por lo tanto, es el eje de la historia del mundo.

Fue entonces cuando comencé a prestar más atención en las ceremonias religiosas, en los gestos y en la actitudes. Comprendía mejor que el sacerdote era un representante del Papa, lo cual, para mí, tenía un significado extraordinario. También fui entendiendo con más claridad las directrices, la jerarquía y la organización de la Iglesia Católica.

Reproducción

Dios, al crear una Iglesia verdadera, tenía que hacerla infalible, y la pieza clave de todo el orden humano, así como la línea recta para llegar al Cielo, residía en el papado

Proclamación del dogma de la Asunción de María, el 1 de noviembre de 1950

En el fondo, la Virgen era quien ayudaba a un niño —como a todo católico— a tener entusiasmo, veneración, cariño y obediencia hacia la autoridad suprema de la Santa Iglesia, así como hacia toda autoridad legítima y católica, porque es como un vástago, una rama del árbol de la Iglesia, que prolonga el tronco sin desprenderse de él.

«El fundamento de mi firmeza»

Gracias a Dios, soy un hombre que posee mucha convicción y seguridad en lo que piensa, pero esto, en realidad, se debe a que creo en la infalibilidad papal, el fundamento de mi firmeza. Sin esta creencia, mis certezas y mi sentido común se ablandarían, y yo sería menos que nada.

Incluso a la edad que tengo ahora,[4] mi principal preocupación en todo lo que digo es: «¿Qué pensará la Santa Sede? ¿Hay documentos de los Papas que confirmen esto o aquello?». Y sé que si me apoyo en la doctrina infalible de los representantes de Cristo en la tierra, puedo avanzar sin peligro, porque no erraré.

Y si el Papa, usando el poder de las llaves, afirmara como verdad lo que parecería contrario a mis convicciones más evidentes, me pondría en pie y aplaudiría largamente. Cuando llegue el momento de mi muerte, quiero estar convencido de esto, más que nunca en mi vida.

Al pronunciar la augusta palabra «el Papa», me parece oír, desde el fondo de los siglos, la voz divina de Nuestro Señor Jesucristo que proclama: «Pedro, tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» (cf. Mt 16, 18).

No hay nada que valga tanto en el mundo como el hombre a quien Dios le hizo esta promesa. ✣

Extraído,
con pequeñas adaptaciones,
de: *Notas Autobiográficas*.
São Paulo: Retornarei, 2012,
t. III, pp. 237-248.

---

[1] Gabriela Ribeiro dos Santos, abuela materna del Dr. Plinio.

[2] El Dr. Plinio se refiere al baldaquino sobre el altar de la confesión, obra de Gian Lorenzo Bernini, arquitecto y escultor italiano.

[3] Colegio de los padres jesuitas, abierto en São Paulo en 1918 y situado en la avenida Paulista.

[4] La presente anotación es de agosto de 1994. El Dr. Plinio tenía por entonces 85 años.

Estatua de San Pedro y retratos de los Papas en la basílica de San Pablo Extramuros, Roma

El papado de cara a la Revolución

Gabriel Marques dos Santos

Esencialmente igualitaria y sensual, la Revolución se subleva a lo largo de los siglos contra toda forma de verdad, de belleza y de bondad. Su objetivo último, condenado a un inevitable fracaso, es destronar al propio Dios.

Por otro lado, la Santa Iglesia Católica tiene la misión de perpetuar la acción de presencia del divino Maestro entre los hombres, conduciéndolos al puerto seguro de la salvación eterna y promoviendo, siempre, la mayor gloria del Creador.

Así, «el gran blanco de la Revolución es, por tanto, la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, maestra infalible de la verdad, tutora de la ley natural y, por ello, fundamento último del propio orden temporal».[1]

La Contra-Revolución es hija de la Iglesia

Sin embargo, aunque el carácter militante contra toda forma de mal es inseparable de la nave de Pedro, la lucha contrarrevolucionaria constituye sólo un episodio limitado de su bimilenaria historia. Tan limitado como lo es, desde un punto de vista cronológico, el propio «drama de la apostasía del Occidente cristiano»,[2] que constituye la Revolución.

La Contra-Revolución es, pues, hija de la Iglesia y no vive más que para servirla, como el cuerpo al alma. Servicio importantísimo, tanto más cuanto que pretende eliminar el principal obstáculo a la finalidad del Cuerpo Místico de Cristo: «Si la Revolución existe, si ella es lo que es, está en la misión de la Iglesia, es en interés de la salvación de las almas y es capital para la mayor gloria de Dios que la Revolución sea aplastada».[3]

Institución contrarrevolucionaria por excelencia

En este sentido, lo que se dice de la Esposa de Cristo debe decirse, *a fortiori*, de su vicario, el sumo pontífice. La propia institución del papado es, por su naturaleza, lo más contrario al espíritu revolucionario: nada es más antiigualitario que la simple existencia de un hombre infalible en materia de fe y moral, al que todos deben someterse.

No es de extrañar entonces que tantas veces a lo largo de la historia las fuerzas del mal se hayan lanzado con odiosa furia contra el Dulce Cristo en la tierra.

Recordemos, a modo de ejemplo, el infame atentado de Anagni, el 7 de septiembre de 1303. En aquella ocasión, emisarios del rey de Francia, Felipe el Hermoso, intentaron encarcelar y deponer al Santo Padre, Bonifacio VIII. Algunos afirman[4] que incluso uno de ellos llegó a abofetear al pontífice. Éste habría respondido simplemente: «He aquí mi cuello, he aquí mi cabeza…».[5]

Afortunadamente, el intento fracasó gracias a la intervención de la población local, que expulsó a los agresores. No obstante, la ya debilitada salud del Papa se vio gravemente afectada: moriría aproximadamente un mes después, en Roma, el 11 de octubre de ese mismo año.

Sin embargo, la actitud del vicario de Cristo no fue siempre de mera pasividad.

La institución del papado es, por naturaleza, lo más contrario al espíritu revolucionario. No es de extrañar, pues, que tantas veces a lo largo de la historia las fuerzas del mal se hayan lanzado con odiosa furia contra el Dulce Cristo en la tierra.

Luminosos ejemplos

En 1077, la intransigencia de San Gregorio VII en la defensa de los derechos de la Santa Iglesia, por ejemplo, fue responsable de uno de los episodios más gloriosos de la historia del papado. Como el emperador alemán, Enrique IV, se mostraba inflexible en la cuestión de las investiduras, llegando al extremo de proclamar inútilmente la deposición del Papa, éste reaccionó a tal revuelta excomulgando al monarca y dispensando a todos sus vasallos del juramento de fidelidad. En poco tiempo, el rey excomulgado se presentaría a las puertas de la fortaleza de Canossa —descalzo, con atuendo penitencial y bajo una intensa nevada— implorando el perdón del santo pontífice, que allí se encontraba.

Avanzando hasta el siglo XVI, nos toparemos con la eminente figura de San Pío V. Mientras combatía la Revolución en el ámbito eclesiástico, aplicando con celo las reformas del Concilio de Trento, no descuidaba los peligros externos. Ante la calamitosa amenaza mahometana que surgía de Oriente, convocó a los príncipes cristianos para que formaran una santa alianza en defensa de la cristiandad. Esta iniciativa, completamente providencial, culminaría en la milagrosa victoria naval de Lepanto en 1571.

El siglo XX, a su vez, nos trae la memoria de la meticulosa e infatigable reacción de San Pío X contra el modernismo. Cual celoso pastor que advierte el avance de los lobos sobre su rebaño, salió al encuentro del enemigo armado con el cayado de la autoridad papal: sus valientes encíclicas —especialmente *Pascendi Dominici gregis*—, sus amonestaciones públicas y privadas, y su ejemplo de vida vedaron el camino a la funesta herejía.

Dolorosas incógnitas

No obstante, el estudio de la historia eclesiástica también nos proporciona otros recuerdos, que causan perplejidad.

¿Las novedades renacentistas de los siglos XIV y XV habrían conseguido paganizar la cristiandad si no fuera por la mirada indiferente, cuando no aprobadora, de los romanos pontífices? ¿La seudorreforma luterana de 1517 habría logrado arrastrar a miles de almas a una trágica ruptura con la Santa Iglesia si hubiera encontrado en el Papa mecenas León X[6] la sagacidad de un San Pío X o el celo por la fe de un San Pío V?

¿Y qué decir de la tan injustamente celebrada Revolución francesa? ¿Qué habría sido de ella si en lugar de la tímida y silenciosa semicondena de Pío VI,[7] hubiera tenido que enfrentarse a la franqueza apostólica de un San Gregorio VII o a la intrepidez de un Beato Urbano II, el Papa de las cruzadas?

Seguramente el Juicio final responderá a éstas y otras muchas preguntas similares.

El poder de las llaves: prenda de victoria

En cualquier caso —hoy, como siempre—, podemos decir con el Dr. Plinio: «El papado posee recursos extraordinarios para imponerse. En la medida en que aquellos que tienen en sus manos estos recursos hagan uso de ellos, el papado goza de posibilidades de acción, incluso en nuestra época, completamente insospechadas, completamente inimaginables».[8]

Sean cuales sean esos recursos, el Señor declara: «Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los Cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los Cielos» (Mt 16, 19).

Con estas palabras, Dios mismo —permaneciendo siempre soberano y omnipotente— confió a San Pedro y a sus legítimos sucesores no sólo el poder de influencia sobre la sociedad temporal, tan bien simbolizado por la llave de plata que forma parte de las insignias pontificias, sino sobre todo la áurea custodia de la «serena, noble y eficacísima fuerza propulsora de la Contra-Revolución»:[9] la gracia.

Así, el dinamismo de la Contra-Revolución se revela, en el poder pontificio, infinitamente superior a las potencias revolucionarias: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

Tenemos, pues, esta certeza: el sucesor de Pedro, incluso solo, tiene en sus manos el poder de arruinar la obra destructora de la Revolución. Llegará el día en que el Papa, como otrora el príncipe de los Apóstoles a Tabita (cf. Hch 9, 40), imperará a la cristiandad: «¡Levántate!». Y ella resurgirá. ✣

---

[1] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Revolución y Contra-Revolución*. Bogotá: Fundación Salvadme Reina, 2024, p. 207.

[2] *Idem*, *ibidem*.

[3] *Idem*, p. 209.

[4] Cf. Llorca, Bernardino. *Manual de Historia Eclesiástica*. 3.ª ed. Barcelona: Labor, 1951, p. 319.

[5] Daniel-Rops, Henri. *A Igreja das catedrais e das cruzadas*. São Paulo: Quadrante, 1993, p. 638.

[6] Cf. Daniel-Rops, Henri. *A Igreja da Renascença e da Reforma. A reforma protestante*. São Paulo: Quadrante, 1996, t. I, p. 241.

[7] Cf. Daniel-Rops, Henri. *A Igreja das revoluções*. São Paulo: Quadrante, 2003, pp. 23-24.

[8] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 6/8/1973.

[9] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Revolución y Contra-Revolución*, *op. cit.*, p. 187.

Fczarnowski (CC by-sa 4.0)

La defensa de los mendicantes

Perseguidos, calumniados, injustamente castigados… Pero los frailes tenían a su favor un elemento decisivo: la omnipotencia de la verdad.

Hna. Marcela Alejandra Beorlegui Vicente

Las instituciones de la Iglesia nacen de manera orgánica, sin planificación previa. Se trata de un «método» habitual del Espíritu Santo: abordar los problemas del momento, resolviendo las dificultades a medida que aparecen. A ese ritmo, los siglos han visto surgir el complejo edificio de la jerarquía eclesiástica, las normas de la vida consagrada, las diversas órdenes religiosas e incluso la regulación de la vida intelectual.

Sin embargo, ese desarrollo no se ha producido sin contratiempos. Un episodio controvertido, que intentó mancillar el organismo indivisible de la Santa Iglesia, nos ayudará a comprender cuán arduo puede resultar, a menudo, el florecimiento de un nuevo carisma en el seno de esa sagrada institución.[1]

De la Iglesia, nacen las universidades

A lo largo del siglo XIII, diversos acontecimientos desafiaron a los católicos europeos: unas veces, las tensas relaciones entre el papado y el Sacro Imperio Romano Germánico generaban conflictos; otras, el emprendimiento de las cruzadas requería dirimir disputas para aunar esfuerzos; otras veces, las herejías dividían a la cristiandad. Surcando ese mar encrespado, la Santa Iglesia supo guiar, gobernar y santificar a sus hijos, acompañando el cambio de los nuevos tiempos.

Quizá el ámbito intelectual sea el modelo más paradigmático de esa evolución. Tras las invasiones bárbaras, el estudio se refugió en las iglesias, donde se originaron las escuelas palatinas, monásticas y episcopales. Pero la formación del hombre culto, según los estándares vigentes a mediados del siglo XIII, exigía ajustar el *modus faciendi* de la enseñanza al período anterior, en el que la aparición de las escuelas catedralicias hizo accesible el estudio a todas las clases sociales y fue el pilar para la creación de nuevos centros de cultura. Así nacieron las universidades.

Las órdenes mendicantes, nueva fuente de gracias para el mundo

A finales del siglo XII, en el reino cristianísimo de Francia, la Universidad de París adquiría su forma definitiva. No tardó en gozar de gran prestigio ante el Estado y la Iglesia. El rey Felipe Augusto le otorgó el privilegio de la inmunidad y del fuero eclesiástico; Gregorio IX la legitimó como institución eclesial de alcance internacional dependiente únicamente de Roma y, mediante la bula *Parens scientiarum*, confirió a los profesores el derecho a declarar la huelga para defender sus intereses. De reconocida autoridad teológica, la universidad podría considerarse la tercera potencia de la cristiandad, junto con el papado y el imperio.

Ahora bien, los medievales vieron florecer en Europa mucho más que la vida intelectual. El surgimiento de órdenes religiosas que mantuvieran encendido el entusiasmo por la perfección cristiana fue también un detonante de cambios prometedores.

Mientras el monacato había predominado en siglos anteriores, en este momento histórico aparecieron nuevos carismas, personificados por dos hombres providenciales: Domingo de Guzmán y Francisco de Asís. Con ellos, nacieron las órdenes mendicantes en el marco medieval, en respuesta a las necesidades espirituales de la época, convirtiéndose pronto en abanderadas de la reforma eclesiástica. Así pues, el tipo humano del monje que vivía en soledad dio paso al del fraile que, por pueblos y ciudades, predicaba, exhortaba y atraía almas con su ejemplo.

Entra en escena el enemigo…

El fruto de las fundaciones de Santo Domingo y de San Francisco fue un clero libre de apegos, totalmente dedicado a la Iglesia. Éste iluminó la cristiandad con sus escritos y enseñanzas, viviendo de limosnas, trabajando por la *cura animarum* y constituyendo una especie de «cuerpo de guardia» del papado por su plena sumisión al romano pontífice. En su celo apostólico, los mendicantes se ganaron la confianza del pueblo, la protección de las autoridades civiles y el favor de los Papas, lo que también les valió una persecución en regla, resultado, como suele ocurrir, de la más sórdida envidia.

En efecto, los frailes mendicantes, a pesar de vivir en medio del siglo, remaban siempre contra la corriente munda-

na, a favor de la salvación de las almas; y en la Universidad de París fue donde el choque entre esas dos mentalidades se produjo con mayor vehemencia.

La admisión de dominicos y franciscanos en las cátedras de la universidad parisina generó un violento conflicto de intereses con los docentes del clero secular, que se veían superados en todo por los recién llegados. Se siguió una disputa de dos décadas, con lamentables episodios de violencia, ataques publicitarios, calumnias y difamaciones sin precedentes en la historia de la Iglesia.

Perfidia disfrazada de «solicitud»

Los virulentos y tendenciosos ataques a los mendicantes se centraron en tres aspectos. Primero, los seculares dejaron claro que la presencia de los frailes en la universidad era indeseable por su estilo de vida. Luego, dado que esta mera acusación no era satisfactoria, cuestionaron la legitimidad de su ministerio. Por último, discutieron el estado de perfección para pastores y religiosos, así como la admisión de vocaciones jóvenes.

Tanta animosidad por parte de los seculares, casi mil años después de estos acontecimientos, nos parece francamente absurda. Al fin y al cabo, ¿qué problema había en permitirles dar clases, si la universidad debía ser un centro de cultura para todos? Quizá la santidad de vida y la calidad de la enseñanza de los frailes eran un aguijón constante en la conciencia de los profesores seculares, que se sentían relegados en la apreciación de los estudiantes. Pero esta realidad, que hoy vemos claramente, se había disfrazado, en esa época, de «solicitud» por la Iglesia y por los intereses de la universidad…

Para los maestros seculares, los mendicantes eran personajes peligrosos, pues despreciaban los estatutos universitarios y sus reivindicaciones al no participar en huelgas generales. Peor aún: bajo el «disfraz» de la mendicidad, monopolizaban a los estudiantes —que no necesitaban remunerarlos— y los influenciaban para que ingresaran en sus propias órdenes religiosas, en un acto de auténtico «proselitismo».

Una actitud aún más imperdonable de los religiosos fue la obtención de tres cátedras durante una huelga que se prolongó años hecha por los seculares, en la cual, como es lógico, los frailes mendicantes, ajenos a los alborotos de estudiantes ebrios y seculares indulgentes, continuaron impartiendo clases. En ese período, los franciscanos también lograron la conversión del maestro Alejandro de Hales y su ingreso en la Orden Seráfica.

Catalizador de todas las discordias

Los maestros seculares se apresuraron a hacer todo lo posible para que sus enemigos perdieran la posición que habían conseguido. Y el principal instigador de la persecución contra los religiosos tenía nombre y apellido. Se trataba del canónigo de Beauvais, Guillermo de Saint-Amour, que «no podía tolerar el empuje de estas órdenes gemelas, que poco a poco se iban apoderando de las cátedras universitarias, antes patrimonio exclusivo del clero secular. Por escrito, en el púlpito y en la cátedra comenzó a impugnar a los mendicantes […]. Atacaba sus derechos y privilegios de predicar y confesar, de enterrar en sus iglesias; su exención episcopal y parroquial, el ideal de la pobreza en común e incluso su existencia como tales institutos religiosos, ridiculizándolos despiadadamente».[2]

Abusando de su cargo de procurador de la universidad, Guillermo disminuyó sin razón alguna los derechos docentes de los mendicantes y arrastró a la contienda a gran parte del clero secular parisino, haciéndoles creer que sus ingresos económicos se veían amenazados por los indefensos frailes.

La actitud de los seculares, liderados por Guillermo de Saint-Amour, era de oposición a la novedad y vitalidad de la Iglesia, en nombre de un orden que se consideraba eternamente estable. Rechazaron así el aliento del Espíritu Santo manifestado en los mendicantes, con el pretexto de que su estilo de vida difería de las fórmulas antiguas… Para ellos, los frailes eran intrusos que pretendían trabajar en terreno ajeno, como si el cuidado pastoral y el adoctrinamiento de los fieles no les correspondiera también a ellos.

El objetivo final de los descontentos era nada menos que suprimir las órdenes mendicantes o, al menos, obstacu-

Reproducción

Los frailes mendicantes remaban siempre contra la corriente mundana a favor de la salvación de las almas; y en la Universidad de París fue donde el choque entre dos mentalidades se produjo con mayor vehemencia.

La Universidad de París en la Edad Media

lizar al máximo su apostolado. Ahora bien, a despecho de las constantes quejas contra los frailes y los consiguientes conflictos, la sentencia de la Iglesia fue favorable a los religiosos, porque al papado le interesaba su lealtad y la ortodoxa formación que ofrecían a los jóvenes en la universidad.

Los seculares, obcecados, decidieron entonces echar mano de la creatividad: organizaron una auténtica campaña publicitaria contra los mendicantes, sin escatimar bromas, canciones injuriosas, epigramas y panfletos difamatorios, obligando a los pobres frailes a ir escoltados a menudo por los arqueros del rey Luis IX durante sus clases, para protegerse de las agresiones. También promovieron otras huelgas, incitaron peleas, atribuyeron escritos heréticos a los religiosos e intentaron promulgar nuevas leyes estatutarias con el fin de excluirlos de la enseñanza.

Esos calumniadores siempre acababan derrotados por la integridad de aquellos a quienes perseguían, hasta que, por desgracia, se atrevieron a llevar sus difamaciones ante el sumo pontífice…

Los frailes pierden sus prerrogativas

Entre 1254 y 1266, Guillermo de Saint-Amour encontró, finalmente, un buen pretexto para acusar a sus adversarios. La publicación del *Introductorius in evangelium æternum*, un escrito entusiasta sobre las doctrinas heréticas de Joaquín de Fiore[3] redactado por el franciscano Gerardo di Borgo San Donnino, le ofreció al canónigo suficientes argumentos para escribir su *Liber de anticristo et eius ministris*, en el que condenó enérgicamente a los mendicantes como herejes, seudopredicadores y falsos profetas.

Las quejas de los seculares al romano pontífice sobre el descubrimiento de la desviación, supuestamente participada por todos los mendicantes, incluidos los dominicos, tuvieron el eco esperado en los oídos del Papa, quien lamentablemente se eximió de escuchar «a la otra parte». Así pues, el 21 de noviembre de 1254, Inocencio IV publicó la bula *Etsi animarum*, que suprimía las prerrogativas de los mendicantes en relación con el cuidado de las almas, prohibiéndoles, entre otras cosas, confesar y predicar, aunque manteniendo una prudente reserva respecto a sus funciones en la universidad.

Inesperado giro de los acontecimientos

Dos semanas después, el 7 de diciembre, Inocencio IV falleció. Mientras su alma rendía cuentas a Dios, éste hacía justicia en la tierra a favor de los frailes, por medio de instrumentos humanos. Elegido nuevo pontífice, el cardenal Reinaldo de Conti di Segni, conocido protector de la Orden Franciscana, que tomó el nombre de Alejandro IV, se apresuró a revocar las precipitadas decisiones de su predecesor. El 22 de diciembre publicó la bula *Nec insolitum*, que anulaba el *Etsi animarum* y concedía nuevos privilegios a las órdenes mendicantes.

Reproducción

Los calumniadores terminaron siendo derrotados por la integridad de aquellos a quienes perseguían

San Buenaventura - Museo Wallraf-Richartz, Colonia (Alemania)

Es fácil imaginar la irritación de Saint-Amour ante el fracaso de sus planes… Pero no se dio por vencido. En marzo publicó una de sus obras más famosas, el *Tractatus brevis de periculis novissimorum temporum*, valiéndose de sus habituales tácticas de difamación y sensacionalismo. En ella denunciaba los «peligros de los últimos tiempos» antes del Anticristo, que habrían empezado con la fundación de los mendicantes, quienes, en su opinión, eran una pléyade de falsos profetas que amenazaban a la Iglesia bajo la apariencia de ciencia, piedad y renuncia al mundo.

Los dominicos y franciscanos tenían la misión de atraer el mundo a la práctica de las verdades evangélicas que vivían, y el objetivo del *De periculis* era aniquilar su razón de ser. Saint-Amour pretendía inducir a la sociedad al rechazo de las órdenes mendicantes y apartarlas de la enseñanza y de las actividades pastorales, como la predicación y la administración de los sacramentos, obligando a los frailes a renunciar a las limosnas —un estilo de vida que, arbitrariamente, declaraba contrario a la ley divina— y empezar a trabajar la tierra, como las antiguas órdenes monásticas, lo que significaba, en una palabra, cambiar su carisma y su forma jurídica…

Discerniendo con gran acuidad esa pérfida intención, el papa Alejandro IV condenó el libro *De periculis* el 5 de octubre de 1256, mediante la constitución *Romanus Pontifex de summi*. Poco después, Guillermo fue destituido de su cátedra.

Audaz y polémica defensa de los mendicantes

En toda esa contienda, Saint-Amour y sus partidarios tuvieron que enfrentarse a dos grandes enemigos con los que ciertamente no contaban.

Las discusiones en la Universidad de París confrontaron a los seculares con dos de los mayores doctores de la Iglesia: el dominico Tomás de Aquino y su compañero de lucha, el franciscano Buenaventura. Lejos de asistir con estoica pasividad a la guerra de destrucción contra sus órdenes, emplearon las armas con las que habían sido dotados por el Espíritu Santo: la predicación, las letras, la oración y el arte de la dialéctica. ¿Por qué lo hicieron? El Doctor Angélico nos lo responde: «Por amor a la verdad, los varones santos resisten a sus detractores».[4]

Unidos en pro de la misma causa, dominicos y franciscanos explicitaron de manera admirable diversos aspectos de la vida consagrada, de la evangelización y del cuidado de las almas, dilucidándolos como nunca antes.

San Buenaventura, que ejercía el cargo de maestro en la Universidad de París, publicó en el verano de 1256 un libro titulado *De perfectione evangelica*, verdadero monumento doctrinal sobre las virtudes evangélicas —pobreza, castidad y obediencia—, que constituyen el núcleo central del estado religioso; posteriormente, también escribió *Apologia pauperum*, en respuesta a los nuevos ataques contra la mendicidad iniciados por Gerardo de Abbeville, cómplice y continuador de Saint-Amour.

Por su parte, Santo Tomás refutó con contundencia las acusaciones de Saint-Amour en su libro *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*, demostrando, con base en los evangelios, cómo la vida religiosa puede combinar la oración, el estudio, la enseñanza y la predicación itinerante. Asimismo, redactó otras obras de una claridad imbatible en defensa de los mendicantes: *De perfecte espiritualis vitæ*, *De ingressu puerorum* —que justificaba la admisión de vocaciones jóvenes— y *Contra doctrinam retrahentium a religione*.

Reproducción

Al calor de la disputa, las órdenes mendicantes explicitaron con brillantez su propio llamamiento

Santo Tomás de Aquino, de Fra Angélico - Museo Nacional del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

Ante esa resistencia, el canónigo de Beauvais tachó a los frailes mendicantes de rebeldes, desobedientes y soberbios empedernidos… Le parecía inadmisible que los perseguidos dieran testimonio de su propia integridad, resistieran a sus detractores y se defendieran judicialmente para evitar el cierre de sus órdenes. Contra todo sentido común, repetía con obstinación las mismas calumnias, afirmando que los frailes simplemente fingían una vida virtuosa…

Entonces, nos queda la pregunta: ¿quién ganó esa contienda de titanes? La respuesta es sencilla. Basta recordar que la Santa Iglesia hizo del tomismo el fundamento de su propia teología, pero los nombres de Saint-Amour y sus secuaces si pasaron a la posteridad no fue precisamente por la admiración que les profesaban los cristianos…

La verdad siempre triunfa

La historia es una gran maestra. Situaciones similares a las aquí narradas no han sido infrecuentes en la vida de la Iglesia. De hecho, Dios las permitió para la edificación de su plan salvífico. En efecto, las herejías ocasionaron la explicitud de las verdades de la fe, las invasiones bárbaras incentivaron la evangelización de los pueblos, las persecuciones solidificaron la obra del Espíritu Santo. Se convirtieron así en paradigmas de cómo las circunstancias adversas pueden hacer florecer, como un lirio entre espinas, la santidad del Cuerpo Místico de Cristo.

Parafraseando, pues, al apóstol San Pablo, nos atrevemos a afirmar al concluir estas líneas: *oportet controversiæ esse* (cf. 1 Cor 11, 19); porque en el calor de la controversia fue donde las órdenes mendicantes explicitaron con brillantez su propio llamamiento y demostraron a los siglos futuros que los nuevos carismas no surgen para destruir el tesoro de la tradición eclesiástica, sino, al contrario, lo preservan con reverencia, añadiéndole a la Iglesia las luces necesarias para su crecimiento en gracia.

En este sentido, la victoria de las órdenes mendicantes no fue sólo de sus miembros, sino de la Santa Iglesia y de toda la cristiandad.

---

[1] El presente artículo es un resumen, con adaptaciones, de la tesis de licenciatura canónica en Teología (*summa cum laude*) de la autora, por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (2025): *Modelo inspirador para los tiempos actuales: cómo las órdenes mendicantes armonizaron la «cura animarum» con la vida intelectual*.

[2] Aperribay, OFM, Bernardo. «Introducción general a cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica en San Buenaventura». *In*: *Obras de San Buenaventura*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1949, t. VI, p. 5.

[3] Abad y filósofo místico italiano. Su pensamiento y sus obras dieron origen a diversos movimientos filosóficos milenaristas, a menudo condenados por la Iglesia.

[4] Santo Tomás de Aquino. *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*. Pars IV, c. 2, ad 5.

Madre y Señora del papado

Madre de la Iglesia, María tiene un vínculo muy especial con el papado y está siempre dispuesta a estrecharlo, tendiendo su mano maternal a los pontífices que acuden a Ella con confianza.

Camila Carstens Castillo

¿Con cuántos nombres ha denominado filialmente la Santa Iglesia al Santo Padre a lo largo de la historia? Sumo pontífice, vicario de Cristo, sucesor de Pedro… Sin embargo, uno de los títulos más bellos y quizá el que mejor engloba tan alta misión es: el Dulce Cristo en la tierra. ¿Qué puede haber más excelso que reflejar en algo al propio Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo encarnado?

El Papa es elevado a la más sublime dignidad posible en esta tierra. Monarca de la Iglesia y de las almas, es en cierto modo el rey del mundo entero. ¿Qué sería de nosotros, los católicos, si no existiera un jerarca supremo en el Cuerpo Místico de Cristo? El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira[1] sostiene que la Iglesia se desmoronaría, pues se convertiría en un caos, un antro de confusión. Y si eso no ha ocurrido todavía, es porque hay un sumo pontífice.

El Papado fue instituido cuando Nuestro Señor Jesucristo confirió a San Pedro el poder de las llaves, pronunciando la sentencia inmortal: «Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los Cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los Cielos» (Mt 16, 18-19).

No obstante, el ejercicio oficial de esa sagrada función no se produjo inmediatamente, pues el Señor continuaba entre los hombres y, por tanto, no era necesario que fuera representado. Además, algunas actitudes del primer pontífice, antes de ser santificado por el Espíritu Santo, chocaban con su alta misión, como, por ejemplo, la reprimenda que le dirigió al Salvador tras escuchar de sus divinos labios el anuncio de su muerte (cf. Mt 16, 21-22) o las tres negaciones en la hora suprema de la pasión (cf. Jn 18, 17-27).

Entonces, ¿cómo y cuándo San Pedro empieza a ser, con todas las prerrogativas, el vicario de Jesucristo ante la Iglesia naciente?

Pentecostés: santificación por medio de María

Después de la ascensión, los Apóstoles se reunieron con la Virgen en el cenáculo y estuvieron días enteros en oración, pues, privados de la presencia física del Señor, la manera de permanecer firmes y perseverantes consistía, sobre todo, en estar unidos y con el corazón elevado en ardiente súplica.

¿Quién podría escrutar lo que sucedía en el Corazón Inmaculado de María? Monseñor João, en base a las reflexiones de varios santos, creía que a lo largo de esos días Nuestra Señora modelaba en su interior cómo debía ser la Iglesia, desde sus aspectos generales hasta los detalles más concretos, como «las variadas vías de santidad,

Francisco Lecaros

Privados de la presencia física de Jesús, los Apóstoles se reunieron en torno a la Virgen para permanecer perseverantes

Pentecostés, de Giovanni Baronzio - Palacio Barberini, Roma

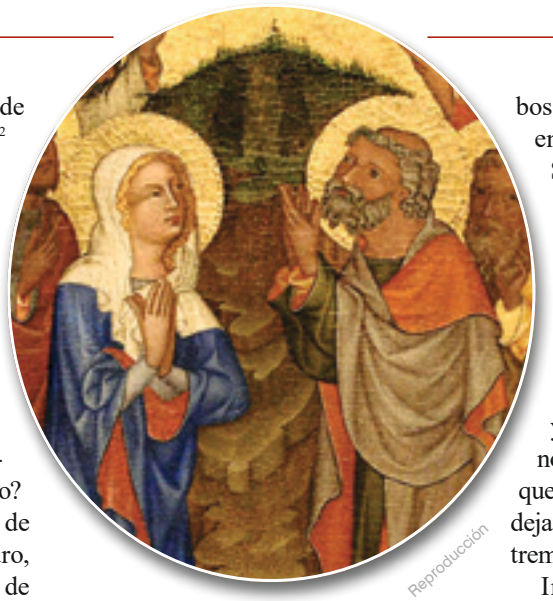
la belleza de la liturgia, la riqueza de carismas de las órdenes religiosas».[2] Además, ciertamente discernía la misión de cada apóstol y rogaba a Dios que los mantuviera fieles, predisponiendo sus almas, sin que se dieran cuenta, para la venida del divino Espíritu Santo.[3]

Impregnada de esa maternal solicitud de rezar por cada uno, ¿qué debió pasar cuando la Santísima Virgen miró a quien había recibido el poder de unir la tierra al Cielo? Como nadie, percibía la grandeza de la misión del papado y, en San Pedro, vislumbró todos los esplendores de esta sagrada institución hasta el fin del mundo, implorando a Dios por todos los pontífices de la historia, para que fueran siempre una imagen perfecta del Supremo Pastor.

Nos permitimos suponer que, cuando sus ardientes súplicas llegaron a su auge, «de repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados» (Hch 2, 2). Entonces aparecieron como unas lenguas de fuego, las cuales, al posarse sobre María, de Ella salieron hacia cada apóstol.

Dios, que es sumamente jerárquico, actuaría contra sí mismo si concediera sus dones a todos por igual. Lo hizo, entonces, en grados diferentes, otorgando gracias específicas y proporcionadas a cada alma. Cabe pensar que, después de Nuestra Señora, la primera alma beneficiada por las llamas del Paráclito fue la de quien, a excepción de María, estaba más cerca de Dios: San Pedro. Fue doblemente favorecido, al ser santificado por el Espíritu Santo en presencia de la Virgen.[4]

Por medio de Ella, el jefe de la Iglesia fue dotado de un nuevo fervor, de un redoblado celo apostólico, de amor al sacrificio y de carismas extraordinarios. «La luz que aterroriza a los infiernos, fortalece a los sabios y confirma a los justos hizo resplandecer en el alma de Pedro el signo de la victoria prometida por Jesús: "Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos"» (Lc 22, 32).[5]



Reproducción

En Pedro, María vislumbró todos los esplendores del papado, y rogó a Dios por todos los Papas de la historia

La Virgen y San Pedro, de Mestre de Vyšší Brod - Galería Nacional de Praga

Por último, se puede conjeturar que en ese mismo día, además de recibir el fuego divino, San Pedro comprendió que todo lo que le había sido concedido se debía a la intercesión de su Señora y, por eso, decidió entregarse a Ella como esclavo de amor.[6]

Consolidando su unión con la Madre de la Iglesia

A partir de este acontecimiento, parece razonable que se forjara entre la Madre de la Iglesia y su piedra angular un vínculo inquebrantable, a través del cual San Pedro se determinó a comenzar su labor apostólica bajo sus auspicios. Cuando necesitara decidir sobre un asunto relativo a la dirección de la Iglesia, se dirigiría inmediatamente a María, que lo solucionaba todo con extremada maternidad y claridad.[7]

Por su parte, no hay duda de que Nuestra Señora se habría asegurado de que San Pedro siempre ejerciera el mando, con el fin de formarlo en el oficio de sumo pontífice. Mediante este entrelazamiento de almas entre ambos, la Reina del Cielo no sólo influía en él, sino que también guiaba a la Santa Iglesia.

Devoción de la Virgen al papado

Sin embargo, la relación de María Santísima con el príncipe de los Apóstoles no pudo haberse limitado a una simple protección y amparo. Como se ha dicho antes, no hay misión más alta en la tierra que la de pontífice y, por tanto, Ella no dejaría de tributarle a San Pedro la extrema veneración que merecía.

Imaginemos, por ejemplo, que San Mateo se presentara ante Nuestra Señora pidiéndole una orientación acerca de cómo actuar con respecto a un grupo de paganos que, aunque ávidos de ser instruidos en la fe, estuvieran siendo embaucados maliciosamente por algunos fariseos. Tras escuchar todo el relato, Ella sin duda le aconsejaría al apóstol que le planteara la cuestión en primer lugar a Pedro, rogándole, como jefe, que le indicara la mejor manera de proceder.

Aunque era Madre y Señora del pontífice, también actuaba como su más humilde sierva, la más leal de sus súbditos, plasmando en los anales de la historia el ejemplo perfecto de sumisión con respecto al papado, que todos los fieles deberían imitar hasta la consumación de los siglos.

Un vínculo eterno

Ahora, considerando las reflexiones hechas hasta aquí, se corre el riesgo de pensar que, a pesar de muy hermosas, no pasan de ser divagaciones; o que esa sublime relación de la Virgen con el papado, si bien existiera, se limitó a los comienzos de la Iglesia y sólo al primer vicario de Cristo. ¡Qué ilusión!

En su trato con aquel que poseía las llaves del Reino de los Cielos, Nuestra Señora no sólo pensaba en él, sino en todos los que lo sucederían en el gobierno de la Iglesia hasta el fin del mundo. Asunta al Cielo y coronada Reina del universo, está siempre dispuesta a

Marcelo Ferreira

Reproducción

¿Bajo qué escombros estaría la Iglesia si tantos otros Papas no hubieran recurrido al auxilio de María? Como rocas sobre las que se construye el edificio de Cristo, sólo tendrán éxito bajo el patrocinio de la Virgen Santísima

Batalla de Lepanto, de Jan Peeters el Viejo - Iglesia de San Pablo, Amberes (Bélgica); en el destacado, San Pío V reza a la Virgen por la victoria de las naves católicas - Basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia)

estrechar el vínculo que consolidó en la tierra con el papado, tendiendo su mano maternal a todos los pontífices que acuden a Ella y se abren a su influencia.

María posee una íntima relación con todos los papas porque es Madre de la Iglesia.[8] Para elucidar esta realidad, el Dr. Plinio[9] recurre a una metáfora. Sería monstruoso imaginar a una madre que se considerara responsable solamente de una parte del cuerpo de su hijo. Una madre vela por la totalidad del que ha dado a luz, y por la cabeza con particular cuidado, porque de ésta depende la salud del cuerpo entero. Pues bien, como dice el Apóstol, Cristo «es la cabeza del cuerpo: de la Iglesia» (Col 1, 18) y si el Papa es Cristo en la tierra, también es la cabeza de la Iglesia, de donde se deduce que Nuestra Señora lo ampara y asiste de manera especial, como una madre a su hijo.

¿Qué habría sido de la Iglesia naciente si el primer Papa no hubiera buscado la dirección y la ayuda de María en medio de las adversidades? ¿Bajo qué escombros yacería la Esposa Mística de Cristo si San Pío V no hubiera recurrido con confianza a la Reina de las victorias, impetrando su poderoso auxilio en el combate contra los enemigos de la cristiandad? Ellos y muchos otros, como San León Magno, San Gregorio VII, el Beato Urbano II, Inocencio XI y San Pío X, comprendieron que, siendo las rocas sobre las que se había construido el edificio de Cristo, sólo alcanzarían el éxito bajo el patrocinio de la Virgen Santísima.

Nuevos cielos y nueva tierra

Haciéndonos eco de la esperanza de los santos apóstoles Pedro y Juan, todos «esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 Pe 3, 13) y en donde la nueva Jerusalén descenderá del Cielo, como una esposa que se adorna para su esposo (cf. Ap 21, 1-3). Esta esposa es imagen de la Iglesia santificada, es decir, completamente configurada con la Santísima Virgen; y los nuevos cielos y la nueva tierra son figuras del Reino de Cristo que se establecerá en el mundo, como fruto magnífico de la preciosísima sangre por Él derramada en la cruz.

No obstante, para que tenga lugar esa configuración marial del Cuerpo Místico del Redentor, es necesario que comience por la cabeza. Los sucesores de Pedro deben consumirse de ardor en su devoción a Ella y, como el primer Papa, hacerse esclavos de su amor.

Cuando haya, pues, un pontífice que se entregue así a María, con todo su corazón, Ella se dejará atraer a la tierra y establecerá finalmente, por acción del Espíritu Santo, los «cielos nuevos y una tierra nueva» que tanto anhelamos. ✣

---

[1] Cf. Corrêa de Oliveira, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 21/9/1991.

[2] Cf. Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, p. 526.

[3] Cf. Scheeben, Matthias Joseph. *A Mãe do Senhor*. São Paulo: Cultor de Livros, 2017, p. 164.

[4] Cf. San Francisco de Sales. «Sermon pour la fête de Saint Pierre». *In*: *Œuvres Complètes*. Annecy: J. Niérat, 1896, t. VII, pp. 37-38.

[5] Clá Dias, *op. cit.*, p. 503.

[6] Cf. *Idem*, p. 531.

[7] Cf. *Idem*, pp. 530-532.

[8] Cf. Scheeben, *op. cit.*, p. 160.

[9] Cf. Corrêa De Oliveira, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 1/11/1966.

… por qué el Papa elige un nuevo nombre?

El hombre recibe un nombre cuando nace al mundo por la naturaleza, cuando nace a la gracia por el bautismo, cuando muere al mundo por los votos religiosos y cuando muere a sí mismo en virtud de una vocación que lo confisca por completo.

Reproducción

Detalle de «Cristo glorificado en la corte del Cielo» (editado), de Fra Angélico - Florencia (Italia)

Abrán pasó a llamarse Abrahán después de que Dios le prometiera una descendencia innumerable (cf. Gén 17, 5). Jacob recibió el título de Israel tras luchar con el ángel del Señor (cf. Gén 32, 29). Simón fue nombrado Pedro por Jesucristo, que le encomendó la misión de ser la piedra de la Iglesia, invistiéndolo como cabeza del Colegio Apostólico (cf. Mt 16, 18). Fue el primer Papa, y el primer Papa que cambió de nombre.

Sin embargo, solamente cinco siglos más tarde habría otro pontífice que recibiría un nuevo nombre. El 2 de enero de 533, el presbítero Mercurio fue elegido Papa. El cadáver del paganismo, muerto por la cruz, aún no se había podrido del todo en ese siglo VI, y era sumamente inconveniente, pues, que el vicario de Cristo fuera designado de la misma manera que el antiguo y falso vicario de los dioses latinos. Mercurio, entonces, al subir al solio pontificio, eligió para sí el nombre de Juan.

Se inauguraba así, en un golpe de ruptura y guerra con el mundo, el cortejo de los Papas que abandonarían sus nombres para identificarse con una misión que los asumiría por completo. ✣

… por qué llamamos Papa al sumo pontífice?

Papa: he aquí el título que los católicos utilizan para referirse a su padre… Sí, padre, en el sentido más estricto y etimológico del término.

Πάππας (*páppas*) era una de las primeras palabras que balbuceaban los niños de habla griega. Dirigida con efusiones de afecto al padre que los protegía, alimentaba, enseñaba, corregía y guiaba, esta expresión hogareña equivalía a nuestro *papá*.

Los helenos, convertidos en hijos de Dios y de la Iglesia por el bautismo, enseguida otorgaron su πάππας a los progenitores en la fe, los obispos. Este cariñoso epíteto se aplicó así a todos los príncipes de la Iglesia hasta el siglo VI, época en la que pasó a ser prerrogativa del sumo pontífice romano, el obispo de los obispos y, por tanto, el padre de los padres.

¡Qué maravilla ser católico! Mientras todos los gobernantes del mundo son exaltados por el poder, influencia o riqueza, nosotros tenemos el privilegio de ver en nuestro soberano, ante todo, a un padre. ✣

Lúcio César Rodrigues

Estatua de San Pedro de la plaza homónima (Vaticano)

Esposa de Cristo crucificado

Reproducción

Atravesada por lo extraordinario de principio a fin, la vida de la Beata Ana Catalina Emmerick, además de estar impregnada de revelaciones y carismas maravillosos, brilla por su identificación con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo en su Iglesia.

Hna. Mary Teresa MacIsaac, EP

¡Con cuánta devoción deberíamos asistir a la santa misa! En este sublime sacramento se renueva el sacrificio del Calvario y Jesús se hace presente cada día en las sagradas especies, en cualquier parte del mundo donde un sacerdote pronuncie las palabras: «Esto es mi cuerpo», «Éste es el cáliz de mi sangre». Así, tras vivir en este mundo, el divino Redentor ascendió a la mansión celestial, pero permaneció entre los suyos, vivificando a la Iglesia mediante la Eucaristía.

No obstante, además de la presencia sacramental, el Señor ha querido hacerse visible a nosotros por medio de ciertas almas escogidas en las que representa vivamente su rostro sufriente, mujeres y hombres en los que imprime sus llagas, haciendo de su existencia una especie de memorial de su propia entrega.

> *El Señor ha querido hacerse visible a nosotros por medio de ciertas almas que representan vivamente su rostro sufriente*

La Beata Ana Catalina Emmerick fue una de esas almas elegidas por Dios para unirse a la pasión del Cordero inmolado.[1]

Infancia impregnada de fenómenos místicos

Ana Catalina compartía fecha de cumpleaños con la Santísima Virgen, el 8 de septiembre; nació en 1774 cerca de Dülmen (Alemania). Su infancia estuvo tan marcada por lo sobrenatural que la existencia corriente de un crío se confundía con una intensa vida mística.

Su familia, sin embargo, no percibió nada de ello hasta el momento en que la niña aprendió a hablar. A partir de entonces se llevaron muchas sorpresas, pues todas las tardes, cuando su padre volvía del campo y, sentándose junto a la chimenea, ponía a la pequeña Anna Kathrinchen en su regazo, ella le contaba con mucho candor las historias que «había visto» ese día, la mayoría escenas del Antiguo Testamento o de la vida de la Sagrada Familia.

Cuando tenía 6 años, Santa Juana de Valois se le apareció con un niño muy hermoso, de la misma estatura que Ana Catalina, a su lado. La santa le dijo: «Mira a este niño. ¿Te gustaría casarte con él?». Ante su respuesta afirmativa, le aseguró que sería religiosa y que un día ese niño se desposaría con ella. Desde ese momento, incluso a tan tierna edad, la niña decidió que ingresaría en un convento.

Ana Catalina pasaba sus días en el campo cuidando de las ovejas. Allí era donde se le aparecía el Niño Jesús para jugar y hacerle compañía. A través de Él, supo, sin que nadie de la familia se lo dijera, que pronto tendría un hermanito. Quería hacerle algo para regalárselo en cuanto naciera, pero no sabía coser. Así que el «Niñito», como ella llamaba al divino Infante, le enseñó a coser un gorrito y otras prendas para su hermano, lo que sorprendió a su madre, porque nunca le había enseñado tales labores.

Un día, su ángel de la guarda la llevó a visitar a la reina María Antonieta, cuando ésta estaba en prisión, y a menudo la transportaba a Jerusalén y

Belén, razón por la cual afirmaba que estos lugares le eran más familiares que su propia casa. Favorecida con el don de la hierognosis, es decir, la sensibilidad a lo sagrado, sentía la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, discernía la veracidad de las reliquias de los santos, percibía a distancia la presencia de un sacerdote, en virtud de su unción, y distinguía el agua bendita de la común.

Desposorio con el Señor marcado por la tribulación

No obstante, su vida mística excedía aún más estos impresionantes fenómenos. La Providencia la había elegido para llevar a cabo en ella una misteriosa y sublime misión: vivir en sí misma, como víctima expiatoria, el desposorio que Cristo hizo con su Iglesia.

Ana Catalina aspiraba ardientemente a ser religiosa, pero necesitaba una dote para entrar en cualquier convento, y su familia, además de no disponer de medios económicos, no quería ayudarla porque no estaba de acuerdo con su deseo. Pero ella comprendía que el fin de la vida consagrada es la unión con el Esposo celestial, y que sus sufrimientos, esfuerzos y mortificaciones contribuirían a la realización de este matrimonio místico.

También se daba cuenta de que no había recibido la vocación religiosa sólo para su propio beneficio, sino con vistas a las necesidades de la Santa Iglesia. Tenía que ser como un receptáculo de los tesoros de la gracia relacionados con el estado religioso, para mantenerlo íntegro en la Iglesia, en una época en que la viña del Señor estaba siendo tan devastada.

A partir de ese momento, empezó a preparar todo lo que le haría falta para las nupcias. Trabajó como costurera durante tres años, con la esperanza de reunir la cantidad suficiente para la dote, pero fue en vano. Casi siempre, el mismo día que ganaba algo, ese dinero iba a parar a manos del primer pobre que encontraba.

Finalmente, con 28 años, fue aceptada en el convento agustino de Agnetenburg de Dülmen, muy a disgusto de la comunidad, cuya caridad y espíritu religioso se hallaban en un estado deplorable, y que no quería recibir a una muchacha pobre y enfermiza, que sólo les daría problemas.

Sufrimientos en el convento de Agnetenburg

La mediocridad de las monjas de Agnetenburg enseguida creó un clima de vejación, envidia e incomprensión en torno a la nueva hermana. Sufría al pensar que, involuntariamente, era causa de pecado para las demás. También veía el quebrantamiento del silencio y del voto de pobreza, así como los ruinosos efectos espirituales de la inobservancia de la regla, y durante horas lloraba de dolor en la capilla por las imperfecciones de sus hermanas en la vocación y por los sufrimientos de la Iglesia.

Ana Catalina sufría hemorragias estomacales que le hacían expulsar sangre. Una vez se cayó y se fracturó los huesos de la cadera en varias partes, lo que la obligó a permanecer en cama durante casi cuatro meses. Era la campanera del convento, pero tras este accidente le costaba mucho subir las escaleras para desempeñar su oficio y, por eso, la comunidad la acusaba de perezosa e inútil. Para empeorar aún más su reputación entre las hermanas, una fiebre muy alta la aquejó dos meses más, durante los cuales tuvo que guardar cama de nuevo.

En ese convento se exigía que cada hermana se encargara de su propio desayuno. Como sor Ana Catalina no tenía medios para comprarse nada, esperaba a que todas las hermanas tomaran la refección, para recoger en la cocina los granos que pudieran haber caído en el suelo y así molerlos para

> *Dios eligió a Ana Catalina para llevar a cabo en ella una misteriosa y sublime misión: vivir en sí el desposorio que Cristo hizo con su Iglesia*

Dietmar Rabich (CC by-sa 4.0)

Reconstrucción de la habitación utilizada por la beata en los últimos años de su vida, con el mobiliario original - Iglesia de la Santa Cruz, Dülmen (Alemania). En la página anterior, Ana Catalina Emmerick, de Anna María Freifrau von Oër

ella. Ocurrió que varias veces no encontró nada con qué alimentarse. Sin embargo, en algunas de esas ocasiones, al regresar a su celda, que cerraba con llave antes de salir, encontraba inexplicablemente algunas monedas en el alféizar de la ventana.

Una hermana que convivió con ella en esa época testificó que su mayor satisfacción era dar algo a quien lo necesitara. Esta religiosa le preguntó por qué no se preocupaba por ella misma. Y le respondió: «Ah, siempre recibo mucho más de lo que doy». Dejaba así una muestra nada pequeña de su modestia.

Hubo numerosas situaciones en las que se produjeron malentendidos entre ella y las demás religiosas. Como sor Ana Catalina nunca se justificaba, una vez la acusaron injustamente de robo, entre otras faltas. Sin quejarse, se arrodilló ante cada hermana y pidió perdón por la infracción que no había cometido. Cuando, tiempo después, se presentó la oportunidad de aclarar el supuesto robo, acudió a la superiora, quien le respondió que no diría nada a las demás, pues ya no quería pensar en lo que «había sido olvidado», dejando que permaneciera mancillado el honor de sor Ana Catalina.

En muchas ocasiones, conoció en visiones toda la Historia Sagrada, desde la caída de los ángeles del Cielo hasta la vida y pasión del Señor

«¿No soy yo suficiente para ti?»

Una de sus privaciones más dolorosas era la de no tener un director espiritual. Imploraba a Dios que le enviara alguien con quien pudiera abrir su interior, pues temía mucho ser engañada por el demonio. El P. Lambert[2] no podía desempeñar ese papel con la necesaria soltura, ya que no hablaba alemán. Trataba de tranquilizarla, pero sus perturbaciones regresaban pronto. Un día, mientras la beata rezaba en la iglesia pidiendo un confesor, oyó una voz que le preguntaba: «¿No soy yo suficiente para ti?». Era su divino Esposo rogándole que sufriera, como la Iglesia, la carencia de asistencia espiritual, es decir, la falta de santos pastores.

Uno de los aspectos más notables de su vida eran sus constantes éxtasis. Estando en el jardín, en el claustro, en la iglesia o en su celda, al considerar la misericordia de Dios para con los pecadores o al pensar en cuánto Él es ofendido, caía inmediatamente al suelo, arrebatada. A veces, al meditar, miraba a lo alto y veía a Dios. En otras ocasiones, su ángel de la guarda le ordenaba que exhortara a las monjas a retomar la observancia. Entonces, todavía en éxtasis, andaba entre las hermanas citando partes de la regla sobre el silencio, la obediencia, el oficio divino o la clausura, que tantas quebrantaban. También sufría en sí la falta de fervor del clero, y exclamaba, llena de dolor: «Los dedos consagrados de los sacerdotes serán reconocibles en el Purgatorio; sí, incluso en el Infierno serán conocidos y arderán con un fuego particular. Todos descubrirán el carácter sacerdotal y colmarán de desprecio a su dueño».[3]

En numerosas ocasiones, sor Ana Catalina Emmerick tuvo visiones de toda la Historia Sagrada, comenzando por la caída de los ángeles del Cielo, la creación y el diluvio, pasando por los patriarcas, llegando a la vida y pasión de Nuestro Señor Jesucristo y adentrándose en el futuro, al contemplar escenas del Apocalipsis. Gracias a sus visiones, los arqueólogos descubrieron los restos de la ciudad de Ur, de Caldea, y encontraron la casa de la Virgen en Éfeso.

Disolución del convento

En diciembre de 1811, debido a la secularización y al racionalismo que se habían extendido por Alemania, nefastas influencias de la Revolución francesa, las autoridades civiles disolvieron el convento de Agnetenburg.

Sailko (CC by-sa 3.0)

Jesús cargando la cruz, de Simone Martini - Museo del Louvre, París

Gracias a sus visiones, los arqueólogos descubrieron los restos de la ciudad de Ur, de Caldea, y encontraron la casa de la Virgen en Éfeso

Hugh Llewelyn (CC by-sa 2.0)

Casa de la Santísima Virgen en Éfeso (Turquía)

Las monjas se fueron una a una del monasterio, sin ningún pesar, pero sor Ana Catalina no quiso abandonarlo y allí se quedó sola, totalmente desamparada, ya que estaba tan enferma que no podía levantarse de la cama. No fue hasta la primavera siguiente cuando el P. Lambert acudió en su ayuda y la instaló en la casa de una viuda.

La salida de Agnetenburg resultó muy dolorosa para ella, porque, fiel a su voto de clausura, había decidido a toda costa no dejarlo. En cierta ocasión afirmó: «Cuando tuve que abandonar el convento, pensé que cada piedra de la calle estaba a punto de levantarse contra mí».

Los años de vida que le quedaban los pasaría prácticamente postrada en cama, en medio de extraordinarias visiones y atroces sufrimientos.

«Sufre como yo he sufrido»

A los 38 años recibió los estigmas de la pasión en las manos, en los pies y en el costado. También se le imprimieron en su pecho dos cruces. Anteriormente, con 24 años, mientras rezaba en la iglesia de los jesuitas de Coesfeld, había sido bendecida con la corona de espinas. Muchas veces no podía levantarse de la cama porque sus pies estaban místicamente clavados en la cruz.

Si Nuestro Señor Jesucristo consumó su holocausto entre contradicciones y persecuciones, los sufrimientos de su esposa no serían diferentes, pues Él deseaba conformarla enteramente a sí mismo. La beata sentía su cuerpo mutilado, quemado, gangrenado y carcomido; sentía que le habían cortado los dedos y se retorcía de dolor. El divino Redentor le mostró más de una vez que ésa era la situación en que se encontraba su Cuerpo Místico.

Entre febrero de 1818 y abril de 1823, dictó sus visiones al literato Clemente Brentano. Éste quería conocerla, por curiosidad, tras haber escuchado relatos de sus dones místicos y estigmas, pero ya en su primer encuentro se quedó profundamente impresionado. A su vez, ella discernió en él a la persona a quien debía dictarle todas sus visiones, confesándoselo al cabo de unas semanas: «Me sorprende hablar contigo con tanta confianza, comunicándote tantas cosas que no puedo revelar a los demás. Desde el primer momento, no me resultaste extraño». Gracias a los escritos de Clemente Brentano, las visiones de Ana Catalina Emmerick han llegado hasta nuestros días.

Los fenómenos extraordinarios que ocurrían con ella, los estigmas, los sangrados, las marcas que aparecían en su cuerpo, los éxtasis, su discernimiento de los espíritus, todo esto llamó la atención de muchos médicos y estudiosos y, en contra de su voluntad, se llevaron a cabo innumerables investigaciones eclesiásticas y científicas.

En el último año de su vida, sus dolores se habían intensificado más allá de lo imaginable. Gemía constantemente. El 15 de enero, el Niño Jesús se le apareció y le dijo: «Tú eres mía; tú eres mi esposa. Sufre como yo he sufrido, y no preguntes por qué».

Poco menos de un mes después de esta visión, el 9 de febrero de 1824, Ana Catalina Emmerick entregaba su alma a Dios, dejándonos, además de los relatos de sus revelaciones, un extraordinario ejemplo de vida. ✣

---

[1] Los datos biográficos contenidos en el presente artículo han sido tomados de la obra: Schmöger, CSsR, Karl Erhard. *Life of Anne Catherine Emmerich*. Fresno: Academy Library Guild, 1867, t. I.

[2] El P. Jean Martin Lambert se había negado a firmar la Constitución Civil del Clero durante la Revolución francesa, por lo que se había refugiado en Alemania. Fue nombrado confesor del duque von Croy, de Dülmen, y capellán del convento agustino de Agnetenburg. Sor Ana Catalina lo conoció mientras ejercía el oficio de sacristana y adquirió gran confianza en él.

[3] Schmöger, *op. cit.*, p. 391.

Amor filial en función de la Santa Iglesia

El principal título por el que el Dr. Plinio amaba y respetaba a su madre, Dña. Lucilia, iba mucho más allá de los lazos naturales que los unían: derivaba, sobre todo, de su condición de fervorosa católica apostólica romana.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En cuanto a la relación entre el Dr. Plinio y Dña. Lucilia, era posible vislumbrar cuánto había de entrelazamiento de almas hecho de mutuo cariño, consideración y estima. De él para con ella, un afecto filial muy entrañable y agradecido por todo lo que ella hacía por él. Ella, por su parte, poseía todo tipo de ternura y de embeleso; no obstante, muy cuidadoso y comedido, porque temía dejarse llevar por sus sentimientos y perder el equilibrio. No quería apegarse a nada, ni siquiera a su propio hijo, sino sentir por él un amor enteramente desinteresado.

«Por mi parte, el afecto hacia ella era un acto de admiración, que es algo muy halagador, porque es la afirmación de una cualidad. De ella para conmigo, era una actitud de esperanza; una invitación a llegar a tener esa cualidad. Eso es la esencia del afecto», explicaba el Dr. Plinio.

> *Más allá de los vínculos naturales, existía entre ellos un amor sublimado por lo sobrenatural, una bienquerencia toda ella hecha de gracias*

Más allá de los lazos naturales

Sin embargo, no cabe duda de que, más allá de los vínculos naturales, existía entre ellos un amor sublimado por lo sobrenatural, una bienquerencia toda ella hecha de gracias. Llamada a ser la madre de un varón fuera de lo común, es innegable que, por una dádiva especial del Espíritu Santo, Dña. Lucilia percibía de manera clara y profunda la inocencia de su alma y lo virtuoso que era.

Ella misma, en una carta a Plinio fechada del 23 de abril de 1950, llegó a manifestar su alegría y gratitud a Dios por tenerlo como hijo:

«Con todo mi corazón, con toda mi alma, te agradezco la carta tan afectuosa que me has dejado, y que tanto consuelo me ha traído […]. He llorado, es verdad, pero, gracias a Dios, ha sido de felicidad por haber recibido, tan indigna, "liberal", la inmensa dádiva de los Sagrados Corazones de Jesús y de María Santísima, de un hijo tan santo, tan bueno y cariñoso, que bendigo con toda la fuerza de mi alma, para quien pido toda la protección divina y la luz del divino Espíritu Santo».

No hay nada más fuerte en el orden de la creación que el entrelazamiento de almas que se aman teniendo la santidad como objetivo. Comparado con eso, incluso un diamante es un salvado de polvo de arroz.

Más que madre, una verdadera católica

Además, el Dr. Plinio era un hombre católico apostólico romano con tanto amor a la Iglesia que, teniendo una madre como Dña. Lucilia, llevaba su desprendimiento hasta el punto de valorar mucho más el hecho de que fuera católica que el de que fuera su madre. Veamos algunas de sus afirmaciones en las que esto queda patente:

«Si amo tanto a mi madre es porque ella me condujo a la Iglesia. Y si la amé hasta el final es porque la examiné hasta el final y hasta el final noté que en ella todo llevaba a la Iglesia Católica.

»He dicho muchas veces cuánto quería y respetaba a mi madre. Sin duda, la respetaba como madre, pero no era el título principal. El título principal por el que la quería era esa unión de almas que había entre ella y yo, con vistas a Dios. Por ser para mí un refle-

jo de la Iglesia Católica, del Sagrado Corazón de Jesús, del Inmaculado Corazón de María y de todo lo que en ella había de afín conmigo, puesto intencionalmente por Dios para reflejarlo a Él, me sentía llevado a amarla de un modo muy especial, más por estos aspectos que por ser mi madre según la naturaleza».

Recuerdo haber oído al Dr. Plinio contar durante una comida un edificante episodio ocurrido entre ambos. Cuando Dña. Lucilia tenía ya cierta edad, él se hizo la siguiente pregunta: «¿Hasta dónde amo a mi madre y hasta dónde amo los principios que representa? Si se hiciese protestante, ¿seguiría amándola igual o sentiría repulsión por ella? ¡No! Sentiría repulsión, porque lo que amo en ella es lo que representa».

Archivo Revista

Doña Lucilia con su hijo, el Dr. Plinio, en enero de 1959

Cierta vez, mientras estaban sentados a la mesa, no se contuvo y pensó: «Es duro, pero voy a ponerla a prueba, porque quiero ver cómo reacciona cuando oiga esto». Y le dijo:

—Mamá, ¿sabe lo que estaba pensando el otro día? Que si usted, Dios nos libre y guarde, por desgracia, dejase de ser católica y se hiciese protestante, yo me iría de casa y la dejaría sola. Seguiría manteniéndola económicamente, me ocuparía de todas sus necesidades y la visitaría una vez al año o cada seis meses, ¡pero nuestra relación estaría rota!

Doña Lucilia aceptó aquello con toda naturalidad, como si alguien le hubiese dicho: «Tengo sed y me voy a tomar este vaso de agua», y respondió elogiando su actitud. Años más tarde, comentaría el Dr. Plinio: «Ese día la quise y la admiré más que antes. Porque le había hecho un test y lo había superado brillantemente».

> *«Si la amé hasta el final es porque la examiné hasta el final y hasta el final noté que en ella todo llevaba a la Iglesia Católica»*

Aunque no fuera su madre, la amaría con el mismo afecto

Por otra parte, el Dr. Plinio llegó a afirmar que se había puesto varias veces durante su vida ante un problema, en apariencia, contrario al anterior, pero cuya esencia era la misma: «¿La quiero tanto porque es muy buena o porque es mi madre? Si en vez de ser mi madre fuese mi tía o una señora de sociedad o una pariente o una prima mayor, ¿la querría como la quiero? ¿Sí o no?».

Y la respuesta surgía enseguida, sin lugar a dudas: aunque no fuese su madre y, por lo tanto, no tuviese ninguna relación natural con él, si la conociera en cualquier parte del mundo, la amaría con el mismo cariño, el mismo afecto, la misma estima y la misma consideración que le dispensaba.

«Yo querría tenerla como madre. Y si fuese, por ejemplo, mi tía, buscaría un pretexto para ir a su casa todos los días, me las arreglaría para que fuese mi madrina, haría cualquier cosa para hacer explicable que, aunque yo fuese su sobrino, tuviese con ella la relación que tengo con mi madre. Si fuese una prima, *simile modo*.[1] Si fuese una señora de sociedad, sería mucho más difícil, pero acabaría encontrando la manera de que eso sucediera así». ✣

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. I, pp. 162-166.

[1] Del latín: de manera similar.

Un canto de alabanza al Niño Dios

El pasado mes de diciembre, los Heraldos del Evangelio promovieron cientos de conciertos navideños en alabanza del Niño Jesús, muchos de ellos con la participación de jóvenes que frecuentan los proyectos catequéticos de la institución.

En estas páginas destacamos las presentaciones realizadas en Brasil: en la Explanada de los Ministerios y en el Teatro Pedro Calmon de Brasilia, en la Asamblea Legislativa del Estado de São Paulo (ALESP), en el Teatro Paulo Autran de Curitiba, en las instalaciones de Canção Nova de Várzea Grande y en las ciudades de São Paulo, Cuiabá, Maringá, Cotia, Ciudad Estructural, Joinville, Mairiporã y Campos dos Goytacazes; así como en la catedral de Toledo y en Valencia (España); en la catedral de Évora y en Guimarães (Portugal); en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de Caacupé y en la catedral de Ciudad del Este (Paraguay); y en Guatemala, El Salvador, Perú y Ecuador.

Stephen Nami
Cotia (Brasil)

Larissa Navarro
ALESP (São Paulo)

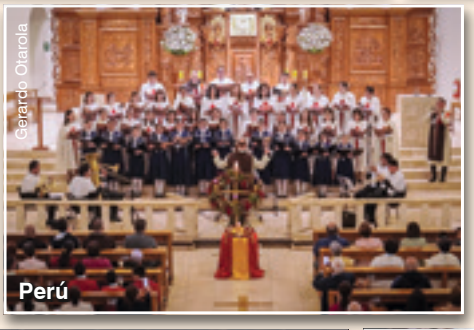
Guimarães (Portugal)

Helcia Chaia
Explanada de los Ministerios (Brasilia)

Emilio Páez
Ecuador

Julio César
Cuiabá (Brasil)

Nuno Moura
Évora (Portugal)


Gerardo Otarola
Perú

Parroquia de San Antonio (São Pau

Roberto Salas
El Salvador

Xavier Jacob
Ciudad del Este (Paraguay)

Roberto Salas
Guatemala

João Lucas Guimarães
Teatro Pedro Calmon (Brasilia)

Jesse Arce
Colombia

Nuno Moura

Natasha Siedlarczyk
Curitiba (Brasil)

Eric Salas
Toledo (España)

Mairiporã (Brasil)

Isabel Bogado
Caacupé (Paraguay)

Davi Zanguellini
Joinville (Brasil)

João Lucas Guimarães
ılo)

Leandro Sousa
Maringá (Brasil)

João Lucas Guimarães
Canção Nova - Várzea Grande (Brasil)

Campos dos Goytacazes (Brasil)

João Lucas Guimarães
Ciudad Estructural (Brasil)

María Colao
Valencia (España)

Fotos: Stephen Nami

Brasil, Caieiras – Los Heraldos del Evangelio tuvieron la alegría de celebrar la Natividad del Señor y la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, con Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista, que presidió las celebraciones en la basílica de Nuestra Señora del Rosario los días 25 de diciembre (foto 1) y 1 de enero (fotos 2 y 3).

Helcia Chaia

Reproducción

Devanildo Barbosa

Pablo Verdug

Andrea Sánchez

Ambrosio Nguilele

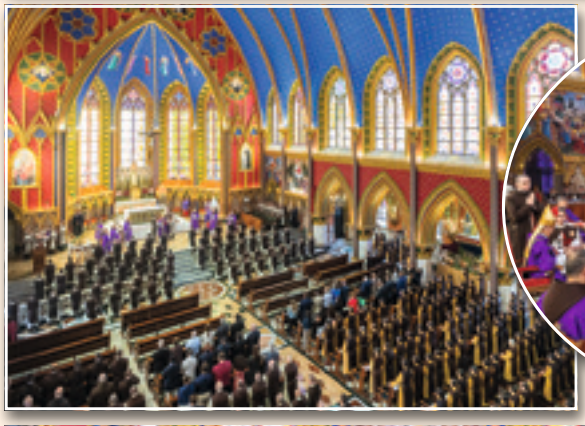
Maria Bassi

Actividades navideñas – Con motivo de la Navidad, varias actividades sociales fueron desarrolladas por los Heraldos del Evangelio, entre ellas: la visita con el Niño Jesús, amenizada con villancicos, al Hospital de Base de Brasilia, que contó con la presencia de la primera dama del Distrito Federal, Mayara Noronha (foto 1); a la Santa Casa de Misericordia de Curitiba, Brasil (foto 7); y a la residencia de ancianos Margarita Cruz Ruiz de Ciudad de Guatemala (foto 5). También hubo distribución de alimentos y regalos en la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias de Caieiras, Brasil (foto 2); en Cariacica, Brasil (foto 3), en la comunidad de Tutupali de Tarqui, Ecuador (foto 4), y en la localidad de Xitevele de Boane, Mozambique (foto 6).

Institución de ministerios

El 19 de diciembre de 2025, sesenta y nueve miembros de los Heraldos del Evangelio recibieron los ministerios de lectorado y acolitado durante la solemne misa presidida por el cardenal Raymundo Damasceno Assis, arzobispo emérito de Aparecida, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, en Caieiras (Brasil).

Honraron la ceremonia con su presencia el Dr. Fernando Antonio Torres García, entonces presidente del Tribunal de Justicia del Estado de São Paulo; el Dr. Tirso de Salles Meirelles, presidente de la FAESP; los magistrados Dr. Sulaiman Miguel Neto, Dr. Erickson Gavazza Marques y Dr. Nino Oliveira Toldo; el Dr. Aloisio Pupin, fiscal del Ministerio Público del Estado de São Paulo; los juristas Dr. João Grandino Rodas y Dr. Dircêo Torrecillas Ramos; los diputados estatales Gil Diniz y Thiago Auricchio, representante del presidente de la ALESP, el diputado André do Prado; el Dr. Gilmar Soares Vicente, alcalde de Caieiras; la Dra. Sonaira Fernandes, concejal de la ciudad de São Paulo; y el periodista Hugo Roger, de Rede Vida, canal que transmitió en directo la santa misa.



Fotos: Stephen Nami

Piedrecita de la gracia «versus» grandeza del hombre

Las blasfemias del filisteo resonaron en los oídos del joven hijo de Jesé. ¿Qué actitud adoptar ante las afrentas del enemigo?

Hna. Diana Milena Devia Burbano

Las páginas sagradas encierran paradigmas para toda la historia. Uno de ellos, y uno de los más elocuentes, es el duelo entre un jovencito «rubio, de hermosos ojos y buena presencia» (1 Sam 16, 12) y un gigante de Filistea de aspecto embrutecido (cf. 1 Sam 17).

David había sido elegido por Dios para sustituir al infiel Saúl como rey de Israel. Tras haber sido ungido el hijo de Jesé por el profeta Samuel, el espíritu del Señor ya se había apoderado de él (cf. 1 Sam 16, 13). Sin embargo, era necesario que su figura ganara gradualmente renombre entre el pueblo para que, en un momento dado, fuera reconocido como monarca. El contexto para que esto sucediera no tardó en surgir: los filisteos, en busca de venganza por la derrota que Saúl les había infligido, emprendieron una violenta contraofensiva.

Audacia, fruto de la razón

David servía como arpista al rey cuando un mal espíritu lo atormentaba, y sólo las melodías del pastor de Belén podían calmarlo (cf. 1 Sam 16, 14-23). Así empezó su vida en la corte.

Habiendo comenzado la movilización para la guerra contra los filisteos, sus tres hermanos mayores se alistaron, y él, el más joven de la familia, se quedó en la casa paterna para cuidar del rebaño.

En determinado momento, David fue enviado por su padre a llevar provisiones a sus hermanos combatientes y a obtener noticias de ellos. La situación que el muchacho encontró en el campamento era muy desalentadora.

Las tropas de los filisteos y los israelitas se enfrentaron en el valle de Terebinto. Como primera acción, los adversarios presentaron a su mejor soldado, que propuso un combate singular contra cualquier miembro del ejército hebreo: «Dadme un hombre, para luchar cuerpo a cuerpo» (1 Sam 17, 10). Era Goliat, un hombre descomunal, de casi tres metros de altura. Llevaba una coraza de aproximadamente sesenta kilos y un yelmo de bronce, y portaba una jabalina, cuya punta de hierro pesaba ¡unos seis kilos!

Aterrorizados ante semejante personaje, los hebreos se acobardaron, temerosos de enfrentarse a él. ¿Quién estaría a la altura de ese indomable guerrero? El dilema se prolongó durante cuarenta días, sin ninguna conclusión…

David llegó al campamento mientras Goliat repetía su desafío, como en los días anteriores. Al oír sus palabras cargadas de soberbia, se llenó de indignación y empezó a recorrer las filas de los soldados, preguntando: «¿Qué le harán a quien mate a ese filisteo y haga desaparecer tal afrenta de Israel?». Se equivoca quien piense que el joven hijo de Jesé actuaba movido por la ambición; basta con continuar la lectura para disipar el equívoco: «¿Quién es ese filisteo incircunciso para insultar a los escuadrones del Dios vivo?» (1 Sam 17, 26). La audacia es fruto de la razón, no de las emociones. Simplemente lo sopesaba todo antes de presentarse a luchar contra el gigante.

Su actitud impresionó a todos, en especial al rey, quien, tras cierta vacilación, le autorizó a lanzarse a la empresa. De hecho, «Saúl no reconoció en él al pastor de Belén, el hábil músico que hasta hacía poco calmaba sus furias. Se había vuelto más fuerte, su rostro, más varonil».[1]

Las armas de David

El joven guerrero fue revestido con la armadura de Saúl, la espada real, un yelmo de bronce y una coraza. Sin embargo, no estaba acostumbrado a tales pertrechos, ¡ni siquiera podía caminar! Por lo tanto, los rechazó de inmediato. Y con increíble sencillez, tomó su bastón, su zurrón y su honda, escogió cinco piedras lisas y avanzó valientemente contra Goliat.

El sentido práctico de las piedras consiste en que, al ser lisas, cuando se lanzan no cambian de dirección, como las irregulares, y alcanzan el objetivo con precisión. Re-

presentan las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo: refugiados en ellas y por sus méritos, no hay mal que no podamos vencer.

Los pertrechos de guerra, traducidos a nuestra vida espiritual, pueden representar los grandes medios de los que el mundo se sirve para triunfar: prestigio, dinero, opresión, mentiras… Al considerar la fuerza del enemigo, nuestro cuerpo tiembla, nuestro corazón se angustia y el miedo nos invade por completo. No obstante, si nos refugiamos en el Señor Dios de los ejércitos, el temor da paso a la certeza de la victoria. Así, el héroe del Altísimo utilizó las «armas» de los humildes: la piedra y la honda, símbolos de la oración y de la confianza en el Rey de los Cielos.

¿Invencibilidad o cobardía camuflada?

Pero, si prestamos bien atención, veremos que bajo la arrogancia del adversario se esconde una vergonzosa debilidad.

¿No le parece extraño al lector que todo el ejército filisteo se escondiera detrás de un solo hombre, que destacaba por su inusual complexión y, además, se presentaba protegido por coraza, escudo, escudero?… ¿Acaso Goliat era tan fuerte? ¿Era real su invencibilidad? ¿O todo no era más que un disfraz? Quizá toda esa exhibición de fuerza encubría una gran cobardía.

He aquí la artimaña del mundo: emplear medios pomposos y llamativos para jactarse, cuando en realidad no posee nada, porque no cuenta con el auxilio del Todopoderoso. Sólo quien tiene a Dios es verdaderamente fuerte y valiente. San Agustín afirma con razón: «El mundo presenta una doble batalla contra los soldados de Cristo: los halaga para seducirlos y los aterroriza para quebrantar su resistencia»; pero «aunque apriete, no oprimirá y, aunque ataque, no vencerá».[2]

Todos conocemos el final del relato bíblico: David sacó una piedra de su zurrón y la lanzó con la honda, alcanzando la frente de Goliat. «El mismo golpe que hizo que este orgulloso filisteo perdiera la vida, infundió tal terror en el ánimo de todos los demás que, sin atreverse a tentar suerte en la batalla, después de haber visto caer ante sus propios ojos a aquel en quien habían depositado toda su confianza, decidieron huir».[3]

Una lección para los nuevos David

Para concluir estas consideraciones, conviene reflexionar, o mejor dicho, interrogar nuestra propia fe: si David, que era antepasado del Señor y, por lo tanto, aún no vivía bajo el régimen de la gracia, fue coronado con tan brillante victoria, ¿qué epopeyas no podrán realizar los hijos de la luz, hoy fortalecidos por los méritos de la preciosísima sangre del Salvador y de la intercesión de nuestra Reina, María Santísima?

Que estos versículos de la Sagrada Escritura sirvan de estímulo para cada uno de nosotros, a fin de que no confiemos en las fuerzas naturales ni nos amedrantemos por las amenazas del mal. Más bien, fundemos nuestra esperanza en el Todopoderoso y seremos invencibles, como invencible es el propio Dios. ✣

---

[1] Berthe, Augustín. *Relatos bíblicos*. Porto: Civilização, 2005, p. 259.

[2] San Agustín. Sermo 276, n.º 1-2. *In*: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1984, t. xxv, p. 21.

[3] Josefo, Flavio. *História dos Hebreus*. São Paulo: Editora das Américas, 1956, t. ii, p. 221.

Si David fue coronado con tal victoria, ¿qué epopeyas no lograrán los hijos de la luz con los méritos de la pasión y la intercesión de María?

David lucha contra Goliat, de Francesco Pesellino - Galería Nacional de Londres

Reproducción

El emperador mendigo y el pobre omnipotente

«Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Pero, puesto que «del Señor es la tierra y cuanto la llena», ¿qué puede pretender tener el César en exclusiva?

Ángelo Francisco Neto Martins

Las escenas que ilustran estas páginas resumen uno de los acontecimientos más impactantes de la historia, no sólo de la Iglesia, sino de la civilización. Ocurrido en el siglo XI, marcó su época y las mentalidades, tal es así su carácter paradigmático.

Gran parte de esa carga simbólica se concentra en los dos protagonistas de los cuadros. Por un lado, Enrique IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el hombre más poderoso de su tiempo, un rey de reyes. Por otro, San Gregorio VII, un simple plebeyo del norte de Italia, que, sin embargo, había sido elevado a la sede de Pedro; era el Papa.

Se trata de dos supremos potentados de la cristiandad. Y de los dos antagonistas más contrastantes.

El emperador, aunque soberano, era esclavo de sus pasiones. No había exigencia de la carne a la que no obedeciera, ni capricho del orgullo que no dejara de satisfacer. El pontífice, en cambio, era dueño de sí mismo. Religioso desde joven, fue arrebatado del monasterio para guiar la nave de Pedro; no obstante, el monasterio nunca le pudo ser arrebatado a él, pues lo llevaba consigo a través de la contemplación, la humildad y el desprendimiento.

Enrique IV, pretencioso, no retrocedía ante ningún asesinato, perjurio, robo u otro crimen, con tal de crecer en poder. Pero San Gregorio VII también tenía una santa pretensión: que la Iglesia «permaneciera libre, pura y católica».[1] El choque de ambas pretensiones se hizo, por tanto, inevitable.

Enrique se apropió de los derechos de la Iglesia. Nombró y destituyó obispos a su antojo, calumnió al Papa y lo persiguió con las armas. Para colmo, incluso tuvo la desafortunada idea de elegir un antipapa y «excomulgar» al verdadero pontífice. Pero el ataque actuó como un bumerán. Desde la cátedra de Pedro, el pontífice excomulgó solemnemente al emperador.

¡El golpe fue demoledor! Los siervos y vasallos de Enrique lo abandonaron, y de un momento a otro, el gran potentado, el dominador del mundo, el conquistador invicto, se vio arrojado al suelo…

Reproducción

Solo había una manera de recuperar el trono deshecho: pedirle perdón al Papa. Y Enrique se fue entonces a mendigar a la puerta de San Gregorio VII, ante las murallas del castillo de Canossa, en el norte de Italia. Corría el mes de enero de 1077, y se hacía sentir el más frío invierno del siglo. Con los pies descalzos, un sayal penitencial y lágrimas en los ojos, el imperial mendigo estuvo solicitándole al pobre monje su limosna durante tres días.

Finalmente fue recibido por el pontífice. De rodillas, protestó su arrepentimiento incondicional y juró fidelidad al sucesor de Pedro. Sólo le pedía un favor: que le fuera levantada la excomunión que lo había derribado.

El poder temporal se plegaba ante el espiritual. El cetro reconocía el imperio universal del Pastor de todo el rebaño católico. César estaba a los pies de Dios… en el sitio que le correspondía.

«Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21). Pero, puesto que «del Señor es la tierra y cuanto la llena» (Sal 23, 1), ¿qué puede pretender tener el César en exclusiva? De hecho, ¿qué poder tiene sino el que recibe de lo alto (cf. Jn 19, 11)? ¿Qué poseerá que no le haya sido dado por Dios (cf. 1 Cor 4, 7)?

La misión de los gobiernos seculares no es otra que la de encaminar a la sociedad civil hacia su fin natural y sobrenatural. Y éste consiste en la gloria del Creador y la salvación eterna de las almas.[2] Una legislación que favorezca el pecado o prohíba la virtud traiciona, por tanto, su obligación y se encuentra en un estado de rebelión contra Dios. Así pues, el gobernante sólo podrá ser fiel a su vocación en la medida en que se arrodille ante el Señor.

Pero esta lección no es la única que nos deja el hecho aquí ilustrado. Al someter al emperador, el Papa dejó consignado para los siglos que no es la Iglesia la que debe adaptarse al mundo, sino el mundo a la Iglesia. Vicario de Cristo, el Papa extrae de Él la omnipotencia de la verdad. Y San Gregorio VII sabía que no es cediendo como se conquista para Dios. ✣

Sailko (CC by 3.0)

Enrique IV ante San Gregorio VII, de Taddeo y Federico Zuccari - Palacio Apostólico (Vaticano). En la página anterior, «Enrique IV en Canossa», de Eduard Schwoiser - Fundación Maximilianeum, Múnich (Alemania)

---

[1] San Gregorio VII. *Epistola LXIV. Ad omnes fideles*: PL 148, 709.

[2] Al respecto, Santo Tomás de Aquino dice: «Porque la buena vida, que en este siglo hacemos, tiene por su fin la bienaventuranza celestial, le toca al oficio del rey procurar la buena vida de sus súbditos por los medios que más convengan, para que alcancen la celestial bienaventuranza; como es, mandándoles las cosas que a ella encaminan y estorbándoles, en cuanto fuere posible, lo que es contrario a esto». (Santo Tomás de Aquino. *De regno ad regem Cypri*. L. I, c. 16).

Nuestra Señora de Lourdes - Capilla dedicada a Ella en Franco da Rocha (Brasil)

Infúndenos un rayo de tu inmaculabilidad

¡Somos hijos de María Inmaculada! Y si tenemos aprecio por nuestra madre natural, mucho mayor debe ser nuestro amor por la que es Madre de nuestra vida sobrenatural. Llenos de gratitud, pidámosle a Ella que, así como triunfó sobre el pecado, triunfe en nuestra alma, infundiéndole un rayo de su inmaculabilidad. Y que, purificados de todas nuestras miserias, seamos asistidos por su divino Esposo y nos transformemos en instrumentos eficaces para la promoción de otro triunfo, por Ella prometido en Fátima y tan deseado por nosotros: el triunfo de su Sapiencial e Inmaculado Corazón.

Mons. João Scognamiglio
Clá Dias, EP

Sumario

María José Feliz